

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

EL VAMPIRO.

He aquí un nombre que tiene gran popularidad en toda Europa y principalmente en Alemania, y que causa un extraordinario terror á los crédulos campesinos; y con razón, pues no conocemos historia alguna de brujas, espectros y aparecidos que pueda compararse á lo que se refiere con relacion al vampiro.

Se lee en un libro alemán: Habrá unos doscientos años vivía en cierta aldea de Bohemia una muchacha muy hermosa, hija de un honrado labrador; llamábase Maria, y además de ser hermosa poseía otras mil prendas, pues era dócil, bondadosa, caritativa y muy amante de sus padres y familia, á la que era muy útil desde

maba, se aventuró á hablar á Maria, y desde entonces Maria no pudo permanecer tranquila ni reconciliarse con el sueño. Si dormía alguna vez se le aparecía el jóven, ora como un ser benéfico y amante, ora como un ente infernal, y despertaba pálida y azorada; luego iba poco á poco destruyendo el carmin de sus mejillas una lenta calentura.

Pasó Maria mucho tiempo luchando con su propio destino: invocó á los santos, pasó dias enteros orando, ayunó por espacio de muchas semanas; pero todo era en vano, y la infeliz creyó que el cielo la habia abandonado y estuvo á punto de entregarse al colmo de la desesperacion.

Cierta dia al anochecer, regresaba sola de una aldea inmediata y apresuraba el paso para que la oscuridad no la cogiese en el camino. Puesto que la luna aun estaba oculta detrás de la montaña. Por entre los abetos

—Hantz, ya no tengo miedo, y creo...

Vaciló y dejó incompleta la frase; pero no dejó de penetrar su sentido el mancebo y dijo:

—Maria, ¿tú me amas? Si, vo te juro por el cielo ó por el infierno que seremos felices.

Tales palabras hicieron estremecer á la doncella; no obstante, á pesar de tan horrible blasfemia no retiró la mano y ambos volvieron juntos á la aldea. Acompañóla el jóven á casa de sus padres y la pidió para esposa: á los dos ó tres dias se la concedieron y se fijó la boda para que se efectuara veinte y cinco dias despues, á petición del jóven, el cual por algun extraño capricho que entonces no pudo esplicarse, quiso que la ceremonia se verificase en dia de plenilunio.

Recobró Maria su salud y su frescura, aun cuando no la abandonaba cierta inquietud, porque todas las noches veia en sueños á un negro infernal, cuya circuns-



El vampiro.

su infancia, porque desempeñaba todos los quehaceres domésticos con el esmero de una niña verdaderamente hacendosa. Por todas estas razones era sumamente querida no solo de la familia, sino de toda la aldea y de cuantos tenían la ventura de conocerla.

Contaba esta muchacha solo diez y ocho años cuando llegó á su aldea un forastero jóven de muy gallarda presencia, quien al parecer habia vivido en alguna ciudad, puesto que nuestro jóven vestia con cierta elegancia, era áfable en sus maneras y se diferenciaba en un todo de los aldeanos. Maria con toda su cordura y circunspeccion, no dejó de notarlo, desde cuyo instante pareció obrar en su destino un influjo hartamente funesto.

El extranjero estableció su morada cerca de la de Maria, y por eso la encontraba muy á menudo y fijaba en ella sus miradas; pero eran estas tan particulares y extrañas que la jóven quedaba enteramente fascinada. En términos que advertían en ella deseos de llorar. Al cabo de algunos dias, el jóven Hantz, que así se llama-

del bosque vió deslizarse en la sombra una misteriosa fantasma que la miraba con ojos de fuego; espantada fijó la vista en la fantástica aparicion; y despues de examinarla pudo distinguir en medio de la oscuridad que aquel extraño ser tenia dos cuernos, una gran lengua encarnada y aceradas garras en sus pies. Corrió Maria con toda la velocidad posible; pero apenas habia corrido unos veinte pasos cuando oyó una voz dulce y suave que la llamó por su nombre.

—¡Maria, Maria! decía la voz; y entonces la jóven pudo conocer hasta donde puede llegar la influencia de la fatalidad, pues se detuvo de repente, y Hantz, que fué quien la llamó, la cogió de la mano diciendo:

—¿Tiemblas, Maria? ¿Tienes miedo de mí? ¿de mí que te amo y quisiera verte dichosa?

En este instante asomaba la luna por detrás de la montaña, y con la claridad del astro luminoso vió perfectamente que no habia allí cuernos ni lengua encarnada, ni garras, sino un hermoso mancebo que la estrechaba la mano y le decía «te amo.» Maria respondió:

tancia le infundía terror y sospechas, aunque procuraba apartarlas de su imaginacion.

De repente Hantz apareció triste, sombrío, y se puso pálido como la muerte al mismo tiempo que enflaqueció. Sin embargo, no quiso consultar á ningun médico, y cuando Maria le preguntaba llorosa, cual era el mal que padecía, no le daba otra respuesta que un profundo y doloroso suspiro que la despedazaba el corazon. La víspera del plenilunio murió, y Maria estuvo desesperada por espacio de tres dias, al cabo de los cuales cuando empezaba á temerse por su vida, con general sorpresa se la vió casi consolada.

Trascurrieron unos cuatro meses desde la muerte del jóven, durante los cuales fué Maria para sus padres un objeto de amor y de lástima: volvió á sus antiguas ocupaciones, pero observaron que no asistía á la iglesia, que no rezaba, y que tenia radicada en su corazon una profunda melancolia y que enflaqueció de tal manera que se creyó que estaba atacada de una tisis, aunque ningun síntoma presentaba de esta cruel en-

fermedad. Nunca la oían hablar de Hantz, por lo cual supusieron que su mal tenía un origen distinto.

Su madre notó que esta desdichada joven estaba mas pálida por la mañana al levantarse que por la tarde y por la noche, y á impulsos de su maternal solicitud, practicó un agujerito en la puerta que daba al aposento de Maria para observar si se entregaba durante la noche á escésivas prácticas devotas perjudiciales á su salud. En las primeras noches no vió nada de extraordinario, y ya se decidía á abandonar sus sospechas, cuando cierta noche, no bien sonaron las doce en el campanario de la parroquia, cuando Maria se acostó, y los rayos de la luna saliendo por detrás de una nube iluminaron repentinamente la estancia de la joven. Entonces la madre oyó un suspiro, y luego una voz débil que pronunciaba estas palabras entrecortadas:

—¡Oh, Hantz! decía Maria soñando, yo soy ciertamente tu amada esposa! ¡Ah! yo te amo... pero se me figura que tus caricias me hielan el corazón y que tus besos me matan.

En seguida lanzó un prolongado y doloroso suspiro y la madre no oyó mas.

Miró por el agujero de la puerta y vió á un vampiro. Al punto reconoció á Hantz en este vampiro; no aquel joven pálido y descarnado por la enfermedad, sino fresco, colorado y robusto. La imagen de Hantz en pie al lado de la cama con el cuerpo inclinado hacia la almohada en que descansaba la cabeza de la dormida doncella, teniendo aplicados los labios en las venas de su cuello alabastrino. La anciana madre hasta creyó ver una gota de sangre que se deslizaba por el delicado cutis escapada de los trémulos labios de la vision. A tan terrible espectáculo la pobre muger lanzó un grito de espanto y cayó al suelo desmayada.

Al ruido que produjo su caída, acudieron el padre de Maria y los demás individuos de la casa, levantaron á la pobre madre, derribaron la puerta de la habitación; pero como la luna había vuelto á ocultarse detrás de una nube, encendieron presurosos una luz; pero no vieron á nadie en la estancia, y si el cuerpo de Maria que ya era cadáver. Llamado el médico, declaró que ya no había medio humano de salvarla, porque con grande admiración suya no quedaba una gota de sangre en aquel cuerpo exánime, si bien no podía adivinar de qué manera hubiese podido perderla. No obstante, después de un detenido exámen, descubrió en el cuello unas manchitas enteramente iguales á las picaduras de las sanguijuelas, y dos ó tres gotas de sangre que habían dejado señales en la almohada. La madre volvió en sí; pero por espacio de algun tiempo creyeron que había perdido el juicio al oírle referir lo que había presenciado.

Al cabo de muchos días, durante los cuales no se habló en la aldea de otra cosa que de este extraordinario suceso, la linda Juana, vecina y amiga de los padres de Maria, se vió atacada de una tristeza idéntica á la que causó la muerte de su amiga de infancia. Estuvieron tambien en acecho, y vieron igualmente el espectro de Hantz, que le chupaba las venas del cuello mientras que la joven dormía. Llamaron inmediatamente al cura, y la linda Juana confesó que hacia algun tiempo que todas las noches la visitaba la fantasma de Hantz, en especial durante los plenilunios; pero que no la hacia mal alguno. Sin embargo, estaba ya muy flaca, y se le veían algunas picaduras de color violáceo en las venas del cuello. El buen cura apeló al exorcismo y á todas las demás ceremonias de la iglesia, aunque sin fruto, porque la infeliz Juana murió de allí á pocos días, sin quedarle una sola gota de sangre.

A la muerte de Juana se siguió la de otra muchacha, á quien tambien chupó el vampiro, y á esta otras cuantas, á punto de hacerse general el terror, y fueron multiplicándose los casos, invadiendo varias provincias, de suerte que en breve los hubo en Alemania, Hungría, y en otras muchas partes.

Pero al fin se tomó la resolución de desenterrar el cuerpo de Hantz, para ver si se hallaba algun medio de conjurar una plaga tan calamitosa; pero como la aparición se hizo durante el plenilunio, nada encontraron en el ataúd. Cierta doctor, á fuerza de haber meditado mucho sobre el asunto, adivinó que los vampiros no tenían facultades para salir de sus sepulcros sino durante el plenilunio, y á consecuencia de tales reflexiones se volvió el féretro á su sitio, y aguardaron á que la luna no mostrase sino la mas pequeña parte del disco para volver al desentierro. Verificado de esta manera, le hallaron tranquilamente dormido, sonriendo, encarnado el cutis, y le echaron una estaca al través del cuerpo, pero no despertó; mas luego le arrojaron al fuego, y esparcieron al viento sus cenizas. Este ejemplo, sin duda, escarmentó á los demás vampiros; después de haber quemado unos cuantos mas, no se volvió á hablar de unos seres tan dañosos.

Pero mientras en Europa difundían el terror tan extraordinarias escenas, otros vampiros de una especie menos apócrifa aterrorizaban con sus cualidades algunas cálidas comarcas de la América Meridional. Si un hombre tenía la desgracia de dormirse al aire libre, aun siendo de día, se le acercaba uno ó mas vampiros, y mientras le abanicaban con sus lividas alas para refrescarle y hacer de este modo mas profundo su sueño, le picaban suavemente la piel, sin que la víctima apenas lo sintiese, y le chupaban la sangre en términos de causarle suma debilidad, y hasta la muerte algunas veces. Estos crueles vampiros atacaban tambien á los perros y otros animales domésticos, siendo ademas tan numerosos, que si hemos de creer á los antiguos viajeros, en un año destruyeron en Borja el ganado mayor que los

misioneros habían introducido, y que ya empezaba á multiplicarse en aquellos países.

Citamos este hecho aun cuando no creemos en los vampiros de América, ni en los de Europa y que el hecho de La Condamine, citado por Buffon como una prueba, nos parece que implica contradicción; pues si el ganado pudo empezar á multiplicarse no obstante los vampiros, ¿cómo después no solo no pudo, sino que destruyeron los vampiros á los individuos nuevos y á sus padres?

Sea lo que quiera, el vampiro (*phyllostoma spectrum*) llamado andira-guan por los brasileños, no es mas que un grande murciélago, del tamaño de un pequeño conejo, y sus alas abiertas no pasan de dos pies de estension. El trago (cavidad de la oreja) representa una hojita ovalada, dentada y cóncava en forma de embudo; la lengua del vampiro puede dilatarse y prolongarse mucho y termina en dos papilas dispuesta al parecer para formar un órgano ó instrumento de succión ó absorción; en sus labios se observan tambien ciertos tubérculos dispuestos con simetría. Tiene la piel de color rojo oscuro, siendo entre todos los murciélagos el que con mas ligereza corre por el suelo. La mayor parte de los viajeros modernos guardan silencio relativamente á sus hábitos sanguinarios; otros dicen que pueden chupar la sangre de los animales dormidos; pero que la herida es muy pequeña y que si algunas veces es peligrosa, es á causa de emponzoñarla el calor del clima. Pero es indudable que el vampiro se alimenta por lo comun de insectos, de pequeños cuadrúpedos, y hasta segun dicen, de frutas.

A. U.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

LUCANO.

Mucho disienten los escritores de nota al hablar del nacimiento de Lucano, y como el adoptar uno entre tantos pareceres diferentes ó tal vez esponer el nuestro, podría calificarse de parcialidad ó de necia presunción literaria, nos abstenemos de asegurar nada sobre el particular, contentándonos con repetir lo que hasta la fecha se sabe de positivo, esto es, que mas de diez ciudades españolas se disputan el honor de ser patria de este poeta, entre ellas Córdoba, que junta á otras respetables opiniones, la grave de Pedro Crinito.

Lucano, nieto de Séneca el retórico, vino al mundo en 3 de noviembre del año 38 de la era cristiana: habiendo seguido en su juventud la carrera de las letras, en la que tuvo por maestros á Remmius Palaemon y Flavio Virgilio, fué mas tarde uno de aquellos eminentísimos varones, que en el siglo de oro de la literatura italiana, tuvieron la científica osadía de explicar elocuencia en la culta patria de los Cicerones y Virgilio.

En el año 64, á los veinte y tres de edad, compuso la *Farsalia*, poema épico que ha llegado hasta nuestros días con una inmensa popularidad, siendo tal vez la obra mas acabada de su tiempo.

A pesar de la desventajosa posición que como extranjero y español debía tener Lucano en la corte imperial de los Césares, fué impresa en Roma la *Farsalia* mucho antes que la *Eneida*, circunstancia que da á entender la preferencia que los romanos no pudieron menos de otorgar á la obra maestra de nuestro compatriota, el mas distinguido de la familia *Annea*.

Mas tarde (en el siglo XV) cuando la Italia toda veneraba las cenizas de Virgilio, reputándolo con razón ó sin ella por el primer poeta épico del mundo, la *Farsalia* mereció ver la luz pública en nueve ediciones distintas, no llegando á cuatro las que se hicieron de la *Eneida*. En el siglo XVI, se agotaron treinta ediciones del poema de Lucano y una mitad escasa del de Virgilio.

El abate Marolles y Brebeuf, hicieron en el siglo último una traducción á la lengua francesa de la *Farsalia*, desfigurándola ambos por diferente estilo y cada uno á su manera. Marolles es seco y lánguido de expresión, Brebeuf es enfático, puntiagudo y gigantesco: por eso no reconoce nadie la obra de Lucano ni en el trivial y sucinto poema del uno, ni en el hiperbólico acumulamiento de redundancias del otro.

Después de estas dos imperfectas traducciones francesas no había vuelto á hacerse mérito de Lucano hasta que en 1766, aparecieron otras dos versiones simultáneas de la *Farsalia*. La primera debida á Mr. Masson, tesorero del rey, es bastante exacta y apropiada para dar á conocer al Lucano del tiempo de Neron con todos los estravios de su juventud, y los defectos del mal gusto dominante en su siglo. La segunda, obra de Marmontel, es tan elegante como escrupulosamente literal y ajustada á los buenos preceptos. Marmontel espresa á veces con mas sencillez que Lucano, las grandes ideas y las bellas narraciones de la guerra civil entre César y Pompeyo: considera la *Farsalia* como un árbol vigoroso, lleno de follaje, en el que es preciso suprimir las ramas inútiles y defectuosas sin apelar á la podadera; mas sin embargo de su buen propósito, no deja de servirse de la fatal herramienta para eliminar por completo en el primer libro el largo apóstrofe á Neron, fragmento de adulación temeraria que Virgilio puso en moda en su célebre invocación de las *Georgicas*. En los puntos donde Lucano aparece algo oscuro, el académico francés prefiere alargar el texto á comentarlo con notas superfluas:

por eso las que se encuentran en su traducción, tienen solo por objeto, como él dice, explicar algunos detalles menudos, ó conciliar al poeta con los historiadores, cuyas citas somete á comprobación. Por lo demás la obra de Marmontel no carece de faltas, y en mas de un pasaje oscuro, al interpretar los que apelida detalles minuciosos, nos parece que no ha adivinado el sentido del original, ni mucho menos el pensamiento enérgico y elocuente del discípulo de Séneca. Por último la *Farsalia* ha merecido el honor de ser traducida á casi todos los idiomas conocidos.

Si las ovaciones materiales que acabamos de citar, fuesen insuficientes para el completo elogio de Lucano, bastaría lo que relativamente á sus obras han dicho en distintas épocas los mas señalados escritores.

Un poeta francés, enemigo de Lucano como manifestan serlo Tiraboschi y Bettinelli, dice al censurar á este gran poeta. «Que fué un hombre de génio, pero sin reg'a, sin freno y sin gusto: con todo, añade, es preciso leer su *Farsalia*, tanto por poder admirar el carácter de la poesía, donde sin embargo de sus defectos, hay muchas bellas imágenes, cuanto por distinguir los rasgos de talento que se encuentran sembrados por todo el poema. Los jóvenes deben mirar con precaución una obra que se resiente, mas que de los pocos años del autor, del estoicismo filosófico adquirido en la escuela de su familia.»

Los PP. Mohedano en su historia literaria de España, aseguran con referencia á un autor italiano, que Séneca, Lucano y Marcial no fueron menos señalados en ingenio que Ciceron, Virgilio y Catulo, y que como Velejo Petéculo y Tácito eran los mejores historiadores de su tiempo, del mismo modo Lucano, Séneca el trágico y Marcial fueron los mejores poetas, no inferiores á Juvenal, Persio y Stacio.—Pedro Corneille dice, que prefiere el fuego de Lucano al entusiasmo calculado de Virgilio.—Du-Hamel asegura que Lucano sostiene con mas vigor la dignidad y consecuencia de su héroe que Virgilio.—Jacobo Palmerino no teme manifestar que escede á Virgilio en algunos puntos interesantes.—Tiraboschi, grande enemigo de las glorias literarias de España, califica sin embargo á Lucano y á Marcial como los mejores poetas de su siglo.—Voltaire por su parte asegura, que ha encontrado bellezas en la *Farsalia* que no se hallan en la *Iliada*, ni en la *Eneida*.—Lucanus ardens et concitatus et sententiarum clarissimus, que dijo Quintiliano, y por último, dejando de citar á Marcial, que tambien le encomió, el ilustre Marmontel hablando de la *Farsalia*, se espresa de este modo: «En este poema se hallan versos de sublime belleza, pinturas delineadas con una valentía igual á la de Homero, pensamientos de una intencion y profundidad asombrosas, y un caudal de filosofía que no se encuentra en ninguno de los otros poemas conocidos.»

Después de tan respetables y sábias opiniones nada podríamos nosotros añadir en abono de tan sublime ingenio. Lucano murió, no se sabe en qué punto, el año 65 de la era cristiana. Obtuvo el empleo de questor y el favor del príncipe César Neron, á cuya venganza política y literaria fué no obstante sacrificado, recitando al morir estos versos del libro 3.º de la *Farsalia*:

*Scinditur avulsus nec sicut vulnere sanguis,
Emicuit lentus, raptis cadit undique venis,
Discursuque animæ diversa in membra meantis
Interceptus aquis: nullius vita perempti
Est tanta dimissa via.*

F. SEPULVEDA.

GENEALOGÍA

DEL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE IV

DESDE ADAN.

¿Por qué las familias no han de alzar un altar al culto de sus progenitores?—¿Qué mal puede haber en recordar á los hijos que tienen una marca de honor que heredaron de sus padres y que deben trasmitir á sus descendientes?

Hace algun tiempo que recorriendo varios de los interesantes manuscritos que se custodian en nuestra rica Biblioteca Nacional (4), encontramos un prolijo trabajo de un cronista y rey de armas, llamado Lázaro del Valle, que lleva el mismo epígrafe con que encabezamos estas líneas, y que merece sin duda ver la luz pública por la novedad del pensamiento. Lejos de nosotros la idea de conceder á esta impropia y atrevida tarea toda la exactitud de que su erudito autor la cree revestida, por lo imposible de penetrar entre las tinieblas que envuelven los primeros tiempos; pero no podemos menos de admirar la perseverancia de aquel singular estudio que debió hacer de cuantas obras históricas se hubiesen publicado hasta su tiempo, para lograr formular y presentar tan despejada, esta larguísima genealogía.

Hay en ella mucho de verdadero, pero contiene tambien mil fábulas que en la época de Lázaro del Valle

(4) Historia de los linages nobles, tomo 20, pág. 433.

lle, en que la crítica no tenía apenas dominio sobre la historia, corrían como sucesos infalibles. Sacó sus materiales, primero de la Biblia, el mas antiguo y venerando de los libros, luego de Herodoto y Homero, padres de la historia y la poesia, y luego de los escritores de Grecia, Roma y demas naciones que sucedieron á aquellos en la bella ciencia de describir los sucesos notables que en el mundo acontecieron. Llegando este raro y curioso estudio genealógico hasta Felipe IV es muy sencillo completarlo hasta nuestra actual reina Isabel II, como efectivamente hacemos y verán á continuacion nuestros lectores.

N. C. CAUNEDO.

Linea gradual.	Nombres.	Años antes de J. C.
1	Adán, fué criado en viernes el 6.º día de la creacion del mundo.	3960
2	Seth, nació á doientos y treinta de la creacion.	3834
3	Esos, nació á doientos treinta y cinco.	3726
4	Cainan, nació á treientos y veinte y cinco.	3636
5	Malaleel, nació á treientos y noventa y cinco.	3566
6	Jareth, nació á cuatrocientos y sesenta.	3504
7	Enoch, nació á seiscientos y veinte y dos.	3330
8	Mathusalem, nació á seiscientos y ochenta y siete.	3274
9	Lamech, nació á ochocientos y setenta y cuatro.	3087
10	Noé, nació á mil y cincuenta y seis.	2905
11	Cham, nació á mil y quinientos cincuenta y nueve.	2402
DILUVIO, FUÉ A 4656.		
12	Osiris que es Mesraim, hijo de Cham; nació año.	2054
13	Hércules Libio, hijo de Osiris; floreció en España año de.	4721
14	Thusco, hijo de Hércules; reinó en Italia año.	4670
15	Altheo, hijo de Thusco; reinó en Italia año.	4643
16	Blascon, hijo de Altheo; murió en vida de su padre año.	4638
17	Camboblascon, hijo de Blascon; reinó en Italia año.	4586
18	Dardano, hijo de Camboblascon y de Electra, hija de Atlante, rey de España; mató á su hermano Jario, rey de Italia, y huyó á Phrigia, donde fundó á Troya, año.	4477
TROYA.		
19	Dardano, reinó en Troya 34 años y murió.	4447
20	Erichonio, hijo de Dardano; reinó en Troya 75 años.	4446
21	Troe, hijo de Erichonio; reinó en Troya 60 años.	4374
22	Ilo, hijo de Troe; reinó en Troya 55 años.	4314
23	Laomedonte, hijo de Ilo; reinó en Troya 36 años.	4256
24	Priamo, hijo de Laomedonte; reinó 43 años.	4220
25	Priamo, pereció con su Troya año.	4177
26	Hector, primogénito de Priamo; murió en vida de su padre.	
Beroso se ocupa de esta genealogia hasta Priamo, y Alexandre Sculteto, pone á Hector, de quien dice dependen los Sicambros; y Pedro Marene los sigue de aqui adelante hasta Antenor el II, y Esculteto pone á Heleno por hijo de Hector y no por hermano; y lleva razon, pues no serian dos hermanos vivos de un mismo nombre, y otro Heleno, hermano de Hector, fué rey de Epiro, y casó despues de la guerra troyana con Andromaca, muger de Hector.		
SCHYTIA.		
27	Heleo ó Heleno, hijo de Hector; introdujo á los troyanos en la Schytia y murió año.	4159
28	Zeuser, hijo de Heleo; reinó 17 años y murió en el año.	4142
29	Franco, hijo de Zeuser; reinó 36 y murió año.	4106
30	Esdrón, hijo de Franco; reinó 33 y murió año.	4073
31	Zelio, hijo de Esdrón; reinó 20 y murió año.	4053
32	Bassabiliano, hijo de Zelio; reinó 19 y murió año.	4034
33	Plaserio, hijo de Bassabiliano; reinó 25 y murió año.	4009
34	Plesron, hijo de Plaserio; reinó 28 y murió año.	984
35	Eliacor, hijo de Plesron; reinó 44 y murió año.	967
36	Zaberiano, hijo de Eliacor; reinó 43 y mu-	

35	Plaserio el II, hijo del dicho; reinó 2 y murió año.	954
36	Antenor, hijo de Plaserio; reinó 9 y murió año.	952
37	Priamo el II, hijo de Antenor; reinó 43 y murió año.	943
38	Heleno el II, hijo de Priamo; reinó 57 y murió año.	930
39	Presron el II, hijo de Heleno; reinó 21 y murió año.	873
40	Bassabiliano II, hijo del dicho; reinó 22 y murió año.	852
41	Alexandre, hijo de Bassabiliano; reinó 20 y murió año.	830
42	Priamo el III, hijo de Alexandre; reinó 45 y murió año.	810
43	Getilano, hijo de Priamo; reinó 73 y murió año.	795
44	Almadion, hijo de Getilano; reinó 40 y murió año.	722
45	Diluglo, hijo de Almadion; reinó 36 y murió año.	742
46	Heleno el III, hijo del dicho; reinó 67 y murió año.	676
47	Plaserio el III, hijo de Heleno; reinó 25 y murió año.	609
48	Diluglo el II, hijo de Plaserio; reinó 52 y murió año.	584
49	Marcomiro, hijo de Diluglo; reinó 63 y murió año.	532
50	Priamo el IV, hijo del dicho; reinó 2 y murió año.	469
51	Heleno el IV, hijo de Priamo; reinó 44 y murió año.	467
52	Antenor el II, hijo de Heleno; reinó 46 y murió año.	456
53	Marcomiro el II, hijo de Antenor; reinó 28 años, y por consejo de Monolpo, grande astrólogo judicario, pasó á sus gentes de Schytia en Alemaña mediado abril del año 3528 del mundo. Ocupó las tierras que moran los Frisios occidentales, y Geligreses y Olandeses, y murió año.	440
Aunque Pedro Moreno y Alexandre Sculteto prosigan esta genealogia, yo me aterné de aqui adelante con Hieronimo Gebuvileró que la sigue mas de raiz y la dirige al cristianismo emperador don Hernando, y cosa ofrecida á tan alto principe es de creer haber sido compuesta con diligencia y cuidado.		
ALEMAÑA.		
54	Antenor el III, hijo de Marcomiro; reinó 33 y casó con Cambra, hija de Belino, rey de Bretaña. Salió tal muger que todos holgaron llamarse Sicambros del nombre della y murió Antenor, el año.	377
SICAMBROS.		
55	Priamo el V, hijo de Antenor; reinó 24 y murió año.	356
56	Heleno el V, hijo de Priamo; reinó 49 y murió año.	337
57	Diocles, hijo de Heleno; reinó 39 y murió año.	298
58	Bassano el Magno, hijo de Diocles; reinó 36 y fué gran teólogo de aquel tiempo y reinó por disposicion de su hermano Heleno el Malo, que reinó 44 y fué tan justiciero que mató á su hijo porque cometió adulterio, y murió año.	248
59	Clodomiro, hijo de Bassano; reinó 46 y murió año.	232
60	Nicanor, hijo de Clodomiro; reinó 38 y murió año.	194
61	Marcomiro el III, hijo de Nicanor y filósofo, reinó 26 y murió año.	168
62	Clodio, hijo de Marcomiro; reinó 42 y murió año.	156
63	Antenor el IV, hijo de Clodio; reinó 44 y murió año.	145
64	Clodomiro el II, hijo de Antenor; reinó 20 y murió año.	125
65	Merodaco, hijo de Clodomiro; reinó 32 y murió año.	
66	Cassandre, hijo de Merodaco; reinó 24 y murió año.	
67	Antario, hijo de Cassandre; reinó 35 y murió año.	
68	Franco, hijo de Antario; reinó 27. Salió tan valeroso (conforme á su nombre que quiere decir feroz) que dél se llamaron francos todos los suyos: murió año.	40
FRANCOS.		
69	Clogion, hijo de Franco; murió el año.	20
70	Marcomiro el IV, hijo de Clogion; en.	50
71	Clodomiro III, hijo de Marcomiro; en.	62
72	Antenor, hijo; en.	68
73	Raterio, hijo; en.	89
74	Riclumero, hijo; en.	143
75	Odemaro, hijo; en.	427
76	Marcomiro el V, hijo; en.	448

77	Clodomiro el IV, hijo; en.	465
78	Faraberto, id.; en.	485
79	Simon, id.; en.	243
80	Hilderico, id.; en.	252
81	Baltero, hijo; en.	270
82	Clodio el II, hijo; en.	298
83	Waltero, hijo; en.	306
84	Dagoberto, hijo; en.	316
85	Genebaldo, hijo.	"
86	Dagoberto el II, hijo.	"
87	Clodion, hijo.	"
88	Marcomiro el VI, hijo.	"
89	Faramundo, rey de los Francos, hijo; en.	427
90	Clodion el II, rey de los Francos, hijo del Cabelludo; en.	447
91	Meroveo, rey de los Francos, hijo; en.	457

FRANCIA.

92	Childerico, rey de Francia, hijo; en.	484
93	Clodoveo, hijo; fué el primer rey cristiano de Francia, fué su muger Santa Clotilde, muy santa. Bautizóle en Reims San Remigio, murió en.	514
94	Clotario, rey de Francia, hijo; en.	565
95	Sigiberto, rey de Austrasia, hijo; casó con Brunequilda, hija del rey de España.	578
96	Childeberto, hijo; en.	590
97	Theodoberto, hijo; en.	616
98	Sigiberto, hijo; en.	648

DUQUES DE ALEMAÑA.

99	Ottoperto, hijo.	"
100	Rabo, el Grato, hijo; en.	715
101	Roterio, el Justo, hijo; en.	766
102	Amprinto, hijo; en.	789
103	Gontramo, el Fortísimo, hijo; en.	859
104	Lutardo, el Religioso, hijo; en.	892
105	Wernero, hijo; en.	942
106	Rapoto, hijo; en.	990
107	Berengario, hijo; en.	1034
108	Oton, el Prudente, hijo; en.	1084
109	Veruero, hijo; en.	1130
110	Alberto, el Rico, hijo; en.	1192
111	Alberto el II, hijo; en.	1229
112	Rodolfo el Callado, emperador de Alemaña, hijo; en.	1294
113	Alberto, emperador de Alemaña, hijo; en.	1309
114	Alberto, el Sabio, hijo; en.	1378
115	Leopoldo, hijo; en.	1389
116	Ernesto, hijo; en.	1424
117	Federico III, el Pacifico, emperador de Alemaña, hijo; murió en.	1443
118	Maximiliano I, emperador, hijo en.	1549
119	Felipe I, el Hermoso, rey de España, hijo; en.	1506
120	Cárlos V, emperador de Alemaña y rey de España, hijo; en.	1558
121	Felipe II, el Prudente, rey de España, hijo en.	1598
122	Felipe III, el Piadoso, rey de España, hijo; en.	1624
123	Felipe IV, el Grande, rey de España, hijo; en.	1665
124	Maria Teresa de Austria, su hija casó en 1660 con Luis XIV el Grande, rey de Francia.	

BORBONES.

125	Luis, delfin de Francia.	"
126	Felipe V, rey de España, hijo; en.	1746
127	Cárlos III, rey de España, hijo; en.	1788
128	Cárlos IV, rey de España, hijo; en.	1849
129	Fernando VII, rey de España, hijo; en.	1833
130	Isabel II, reina de España, hija.	"

LA HABANA.

La capital de Cuba, que no es seguramente notable por el número ni grandiosidades de monumentos, es una poblacion, sin embargo, que presenta sobrado atractivo á la curiosidad de esos *judíos errantes* que se conocen con el nombre de viajeros. La Habana es una ciudad que apartándose del camino trillado de las demas ciudades, tiene una fisonomia original suigeneris, en la que sin embargo se encuentran recuerdos de las cuatro partes del mundo, y de casi todas las civilizaciones. Tiene de las ciudades cultas de Europa su sociedad elegante, que llena de vida y movimiento, se sacrifica en aras del buen tono, obedece los mas ligeros caprichos de la inconstante moda, llevada allí por los buques procedentes de Francia, y se hace en fin, indiferente al excesivo calor de los trópicos, ni mas ni menos que nuestras bellas madrileñas desprecian el frio incalificable que se estaciona con ellas, y al par de ellas, en las alamedas del Prado.

Abandonando la atmósfera embriagadora de estos círculos *fashionables*, se descende á respirar otra purísima y tranquila, virginal como las ceibas que crecen en los campos de Cuba. Admirase entonces la sencillez, la suavidad de unas costumbres que aun no han sido

abiertamente combatidas por la malicia indígena, ni por la corrupción europea. De estos dos elementos, que forman una verdadera antítesis, resulta un conjunto agradable, pintoresco, digno de estudio.

Como pueblo comercial, es la Habana uno de los puertos mas concurridos del mundo, y encierra en su seno tanta cantidad de oro como el mas opulento de ellos; como ciudad populosa á donde van á refluir las fuerzas de una isla casi tan extensa como España, y que ejerce cierta soberanía cortesana sobre otras ciudades de América, no tan ricas ni cultas como ella. La Habana tiene hermosos paseos, *soires* elegantes, infinitos carruages, quintas aristocráticas, y un teatro cuyo mérito no ha sido tan disputado ni combatido como el que dicho- samente se halla situado en la plaza de Oriente.

Este teatro, llamado de Tacon, forma un pentágono perfecto de sólida y elegante arquitectura; su fachada no revela la grandeza interior del edificio, en lo cual no parece cosa humana. Tiene cuatro órdenes de palcos sumamente anchos y cómodos, cubiertos por una barandilla que deja enteramente descubierta la belleza habanera desde el breve pie hasta la graciosa cabeza, que hacen de ella un tipo sumamente agradable. El teatro tiene capacidad para mas de cuatro mil personas, y las localidades están distribuidas con tan buen sentido, que á pesar del insufrible calor de aquellas regiones, el público disfruta de bastante comodidad; tiene un magnífico salon de descanso, y un fresco y espacioso jardin para el mismo objeto. El palco escénico es de los mas bien contruidos que hemos visto, con una emboadura estensa en que sobresalen algunos retratos de nuestros mas distinguidos escritores dramáticos.

Aunque en la Habana hay una decidida afición al arte dramático, como nunca han ido por allí actores que se parezcan á Romea ni á Valero, ni cosa que lo valga, el teatro no se ve lleno para la representación dramática, pero en cambio la ópera tiene una constante y numerosa clientela, gracias á los distinguidos artistas, que de algunos años á esta parte han ido al teatro de Tacon en busca de las cuantiosas sumas por que han sido contratados. Salvatori y Marini, la Estefanoni y la Rossi, han dejado en la Habana inolvidables recuerdos, y ellos por su parte se han llevado de ella honra y provecho.

El ornato público ha sido siempre muy atendido en la capital de Cuba por los distintos gobernadores que la han mandado. Encuéntrase en ella numerosos jardines públicos, paseos cómodos y elegantes, y sobre todo llaman la atención del viajero la larga serie de hermosísimas quintas y casas de recreo que forman casi una calle de un cuarto de legua situada en las afueras, y lleva el nombre de el Cerro. Entre las quintas de mas gusto, mas ricamente adornadas y mas notables en todos conceptos que hemos visto, merece nuestra atención la del señor conde de Fernandina, edificio de bellísima arquitectura, aislado en medio de lindísimos jardines, donde se respira una primavera continuada; rica en mármoles y bajos relieves que engrandecen sus salones. La quinta de Fernandina no se la desdeña la por un monarca.

Se ha llevado á efecto el ensanche y prolongación

del muelle principal hasta la Machina, dándole una extensión de setecientas trece varas de largo y unas vein-

zinc. Los muelles de la Habana, en virtud de esta utilísima mejora, debida á la Real Junta de Fomento, serán, no de los mas estensos de América, pero si de los mas sólidos y cómodos, pues tendrán unas trescientas cincuenta varas bajo de techo para poner las mercaderías al abrigo de la intemperie. Todas las maderas usadas en los pisos y pilotages del muelle, son de las mas duras y estimadas de la isla.

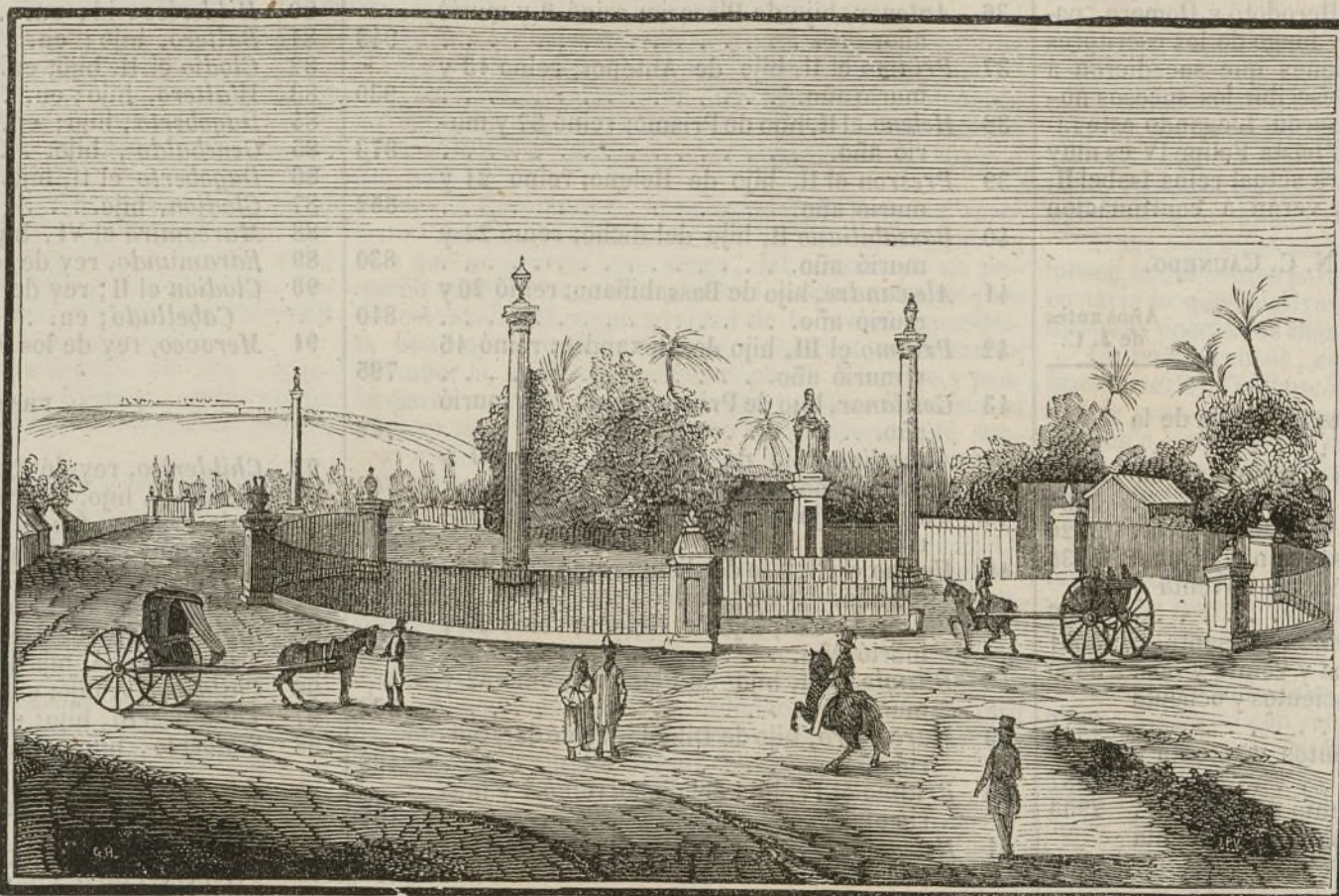
Otra mejora importante para la nación ha sido el incremento del alumbrado de gas. Como la fábrica de este fluido está intimamente enlazada con aquel beneficio público, pues que lo produce, creemos conveniente dar aquí una brevisima noticia de ella. La Habana debe envanecerse de haber sido de los primeros pueblos de América que han adoptado este utilísimo invento, (pues solo en alguna ciudad de los Estados Unidos se adoptó antes), y de tener una fábrica de las mejor montadas del mundo. Desde el año de 1846, en que se instaló la Compañía de gas española, bajo la administración y dirección inmediata del

hábil ingeniero y químico inglés señor don Jorge Merick, se ha invertido en la fábrica un capital de mas de 700,000 pesos, y se han consumido en el alumbrado de la ciudad sesenta y nueve millones de pies cúbicos de gas, de los cuales correspondieron trece millones al año de 1847; veinte y tres idem al de 1848, y treinta y tres idem al de 1849. Este aumento de consumo indica la mayor extensión que se ha dado todos los años á las cañerías de la ciudad, que hoy tienen de largo veinte y ocho y cuarto millas, setecientas veinte y nueve y diez pulgadas, y recorren toda la ciudad interior y algunas calles del exterior, contándose un total de mil faroles de alumbrado público, y seis mil setecientos cuarenta mecheros en los edificios públicos y particulares, cuyo costo pagan mil doscientos treinta y cuatro consumidores. Entre las innumerables mejoras que en los edificios y aparatos de la fábrica se han hecho este año, debemos hacer mención de un gran gasómetro, concluido ya, que podrá contener doscientos mil pies cúbicos de gas, y es el tercero en cuanto á capacidad y solidez en todo el mundo. Los otros dos, que muy poco le aventajan, están en Londres y en Filadelfia. La compañía de la Habana tiene otros dos que pueden contener setenta y cinco mil galones cada uno. La ciudad interior está, pues, tan bien iluminada como la primera de Europa, y debemos creer que en el año que comienza, la mayor parte de la exterior participará de igual beneficio.

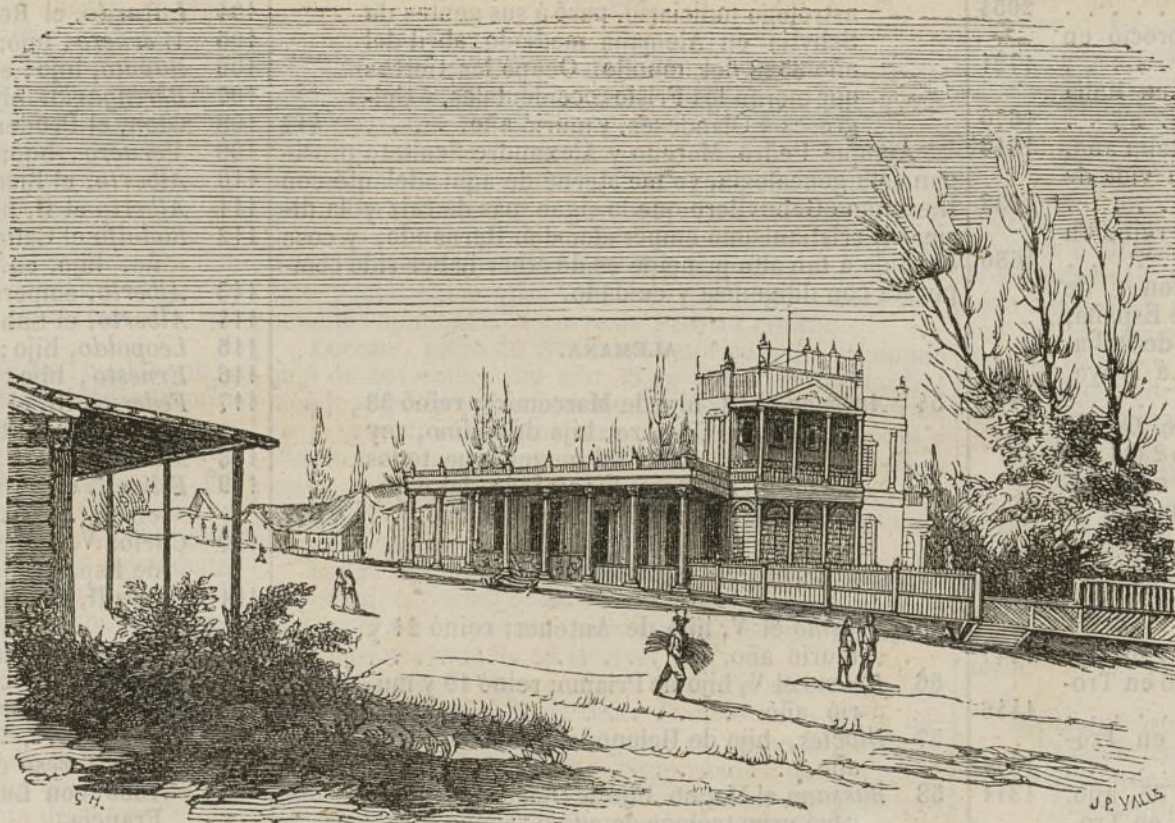
Otro dia dedicaremos mas espacio á hablar del comercio de esta riquísima isla, de sus envidiadas producciones, y de su porvenir.

VILLAVICIOSA Y SU CASTILLO.

A distancia de tres leguas de Madrid, en dirección á O. existe un pueblo que en lo antiguo se llamó Odon, hasta que el rey don Fernando VI le dio el nombre de Villaviciosa, que hoy tiene, el año de 1784. En este pueblo, y á su entrada viniendo de la corte á la derecha del camino, y en una eminencia que lo domina, se encuentra el castillo de los condes de Chinchon, quemado en tiempo de las comunidades de Castilla, y reconstruido en 1583 por el famoso Juan



Vista del paseo de Tacon, tomada de la parte de la puerta de Montserrat.



Isla Fernandina en la Habana.



Teatro de Tacon en la Habana.

te de ancho, término medio, construyendo un nuevo tinglado, que aun no se ha concluido, y que tendrá mas de doscientas varas de largo, con ciento diez y ocho columnas de hierro y cubierto con planchas de

de la corte á la derecha del camino, y en una eminencia que lo domina, se encuentra el castillo de los condes de Chinchon, quemado en tiempo de las comunidades de Castilla, y reconstruido en 1583 por el famoso Juan

de Herrera á espensas de don Diego Fernandez de Cabrera, tercer conde de dicho título, y valido de Felipe II. Este suntuoso edificio es de planta rectangular: su lado mayor tiene ciento cuarenta y tres pies, y el menor ciento veinte y ocho; en los ángulos de E., S. y O. se elevan tres cubos de treinta y tres pies de radio, sierviendo de grueso de la fábrica en la planta baja trece pies. En el ángulo N., y avanzando treinta pies de la fachada principal, se eleva un torreón cuyo frente es de cincuenta y tres pies y de quince su espesor. La elevación de todo el edificio es cincuenta y siete pies, y la del torreón setenta y seis. Está construido de mampostería con las jambas de los huecos de granito: una de las cosas que mas llaman la atención es su patio formado por un rectángulo de cincuenta y tres por treinta pies, circuido por pórtico con pilares de la misma piedra, de cuya materia son igualmente las jambas y los entrepaños de agramilado.

La escalera principal es magnífica y digna de mencion las que se encuentran en los cubos E. y O. Rodea todo el edificio en su segunda planta un andito llamado la Ronda, con su antepecho de piedra. Es notable además este castillo por haber fallecido en él Fernando VI, en una reducida alcoba, que se conserva, con una inscripción en una targeta de bronce que espresa el día en que murió aquel pacífico monarca (10 de agosto de 1759). También ha encerrado en sus muros, en distintas épocas, varios presos políticos, y entre ellos, en el siglo presente su mismo dueño don Manuel Godoy, que desde la cumbre del poder y la fortuna fué encerrado y le sirvió de cárcel la capilla donde existe una buena pintura.

Este edificio, que se hallaba en abandono fué reparado en 1847 para establecer en él la escuela especial de Ingenieros de montes, creada por real decreto de 18 de noviembre de 1846 y no hay para que decir cuanto ha ganado el castillo y el pueblo con este establecimiento, que en el día consta de unos cincuenta alumnos, un director, un subdirector, varios empleados y los profesores encargados de la enseñanza de selvicultura que dura cuatro años. Se encuentran en la escuela todos los instrumentos necesarios, y contiguo al edificio un campo forestal dedicado al ejercicio de precisas prácticas.

La circunstancia de tener Villaviciosa tan abundantes y esquisitas aguas, pues el manantial de la fuente de los Caños, que está á la entrada del pueblo, suministra solo durante el verano de 60 á 70 reales de agua, tan delgada, que pesa un grado menos que la de la fuente del Berro en Madrid; su buena posición y la calidad del terreno, es causa que cada día aumente el número de huertas, jardines y casas de recreo propias en su mayor parte de personas acomodadas de la corte; y es seguro que á la vuelta de pocos años, siguiendo en progreso el número de construcciones, será Villaviciosa uno de los pueblos mas lindos de España. La temporada de la primavera y verano, en que por lo general residen en ellas las familias propietarias de las fincas, es ya hoy día en extremo agradable por la animación, franqueza y buen tono que reina.

HEVA.
(Conclusion.)

X.

LA JAULA.

En el día y á la hora que habian convenido acudió Gabriel á la solemne cita. Desde la primera mirada que

dirigió á las palmeras sembradas por grupos acá y allá en el desierto, se encontró con la roja insignia. Un instante despues echaba pie á tierra y apretaba las manos de su amigo.

Sir Eduardo acababa de despedir á tres estúpidos indios que habia traído de Madrás para ayudarle en su

basta.... ¡Reparad en lo sólido de vuestra ciudadela! Parece construida en la roca. Libre está que ceda á los asaltos reunidos de todos los tigres de Bengala. ¡Qué obra! Mi tío sir Edmundo ha encontrado en mi un sobrino digno de su reputación!

—A las mil maravillas, dijo Gabriel. Me admira como no se ha pensado en esto desde el tiempo de Aurengzeb.

—Y sin embargo, el invento es sencillísimo, como todos los inventos de alguna importancia lo son... ¡Ved qué posición tan adecuada!... Un llano inmenso, y solitario que termina en estos oscuros peñascos, y el club de los tigres allá abajo, en aquellas enormes grietas que los volcanes han abierto.... Porque, según decía el poeta Munusamy, estos peñascos conducen á las gargantas de Ravana, y... ¡Qué desgracia la de no poder acompañaros esta noche!

—¡Imposible, imposible! sabéis que....

—Lo sé, y me sacrifico por vos... Además, mi presencia no estará de sobra en la quinta.

—Decís eso con un aire misterioso, sir Eduardo!

—Porque he averiguado en Madrás cosas singulares. No es cierto el arresto de Goulab y Mirkpour.... Estos dos pícaros se han burlado hasta ahora de todos los lebreles de la justicia. Lord Cornwallis me dijo: «Conoz-

co á Goulab: posee la paciencia del león enamorado, con la astucia y terquedad del mandril. Aconsejad á la hermosa viuda que se cuide. En Madrás no tendria por que temer; pero en el desierto, se halla bajo las pres-

trabajo. Cuando llegó Gabriel, todo estaba ya pronto. —Mi chino se ha lucido, dijo Klerbbs, mostrando la jaula; es una obra maestra; solo si que ha corregido mi plan. Tiene diez y ocho pies de circunferencia, y

as de ese monstruo. Según noticias, Goulab ha estado oculto mucho tiempo en los subterráneos de Elora; pero, desde que los indios vendidos á él han divulgado el falso rumor de su arresto, salió de su guarida y al presente se arrastra como un boá, en la dirección del Tinnevely. Así se espresó el gobernador.

—Me haceis estremecer, sir Eduardo.... Lo mejor será que me deje de cacería y vuelva con vos para velar por la seguridad de Heva....

—No, es inútil, Gabriel, y os diré la razón. Está claro que Goulab es la persona herida por mí la otra noche entre los matorrales del lago; que se halla escondido en la casa del bramín Syali; que Soura no ladró por que reconoció en él á un amigo de la casa; y en fin, que el doctor Phytian ha sido llamado para curarle. Todo esto es evidente ¿qué respondeis?

—Lo es, sin duda.

—Luego, nada debemos temer de Goulab por ahora, tendido como está en el lecho del bramín. ¿Qué diablos ha de ocurrirle venir esta noche á vagar en torno de la quinta para combinar su plan de ataque? Y si le ocurre, allí estaré yo. Mañana escribiremos á lord Cornwallis, y nuestro Goulab será cogido en su madrugada antes de que el sol se ponga.

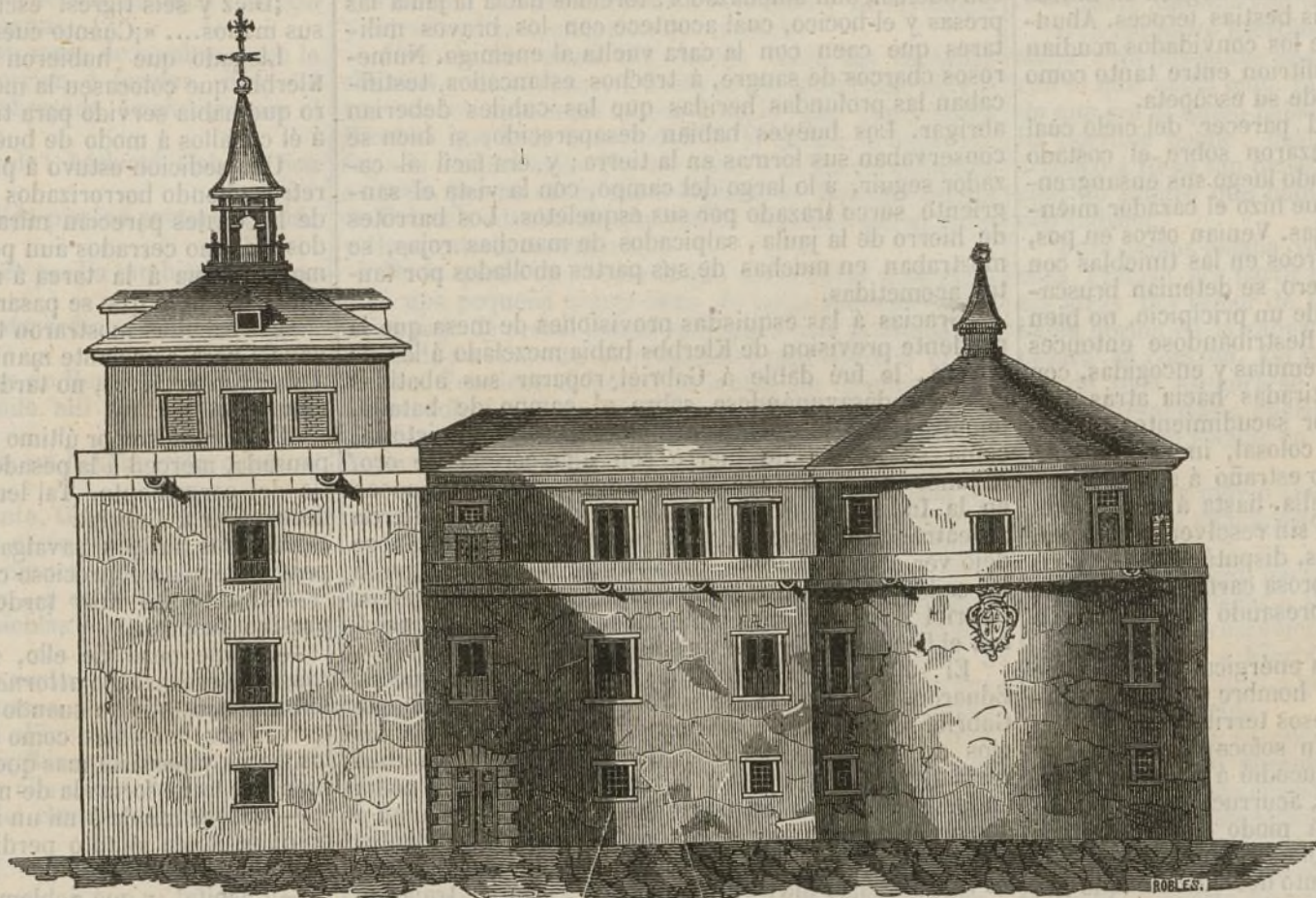
—Aprobado.

—Adios, pues, mi querido Gabriel. Cada uno á nuestra jaula; vos para cazar los tigres y yo los Goulab. He escogido el mas peligroso puesto, como veis.

—Adios, mi querido Eduardo... hasta mañana; aquí os espero. Venid á libertarme, tres horas despues de la salida del sol.

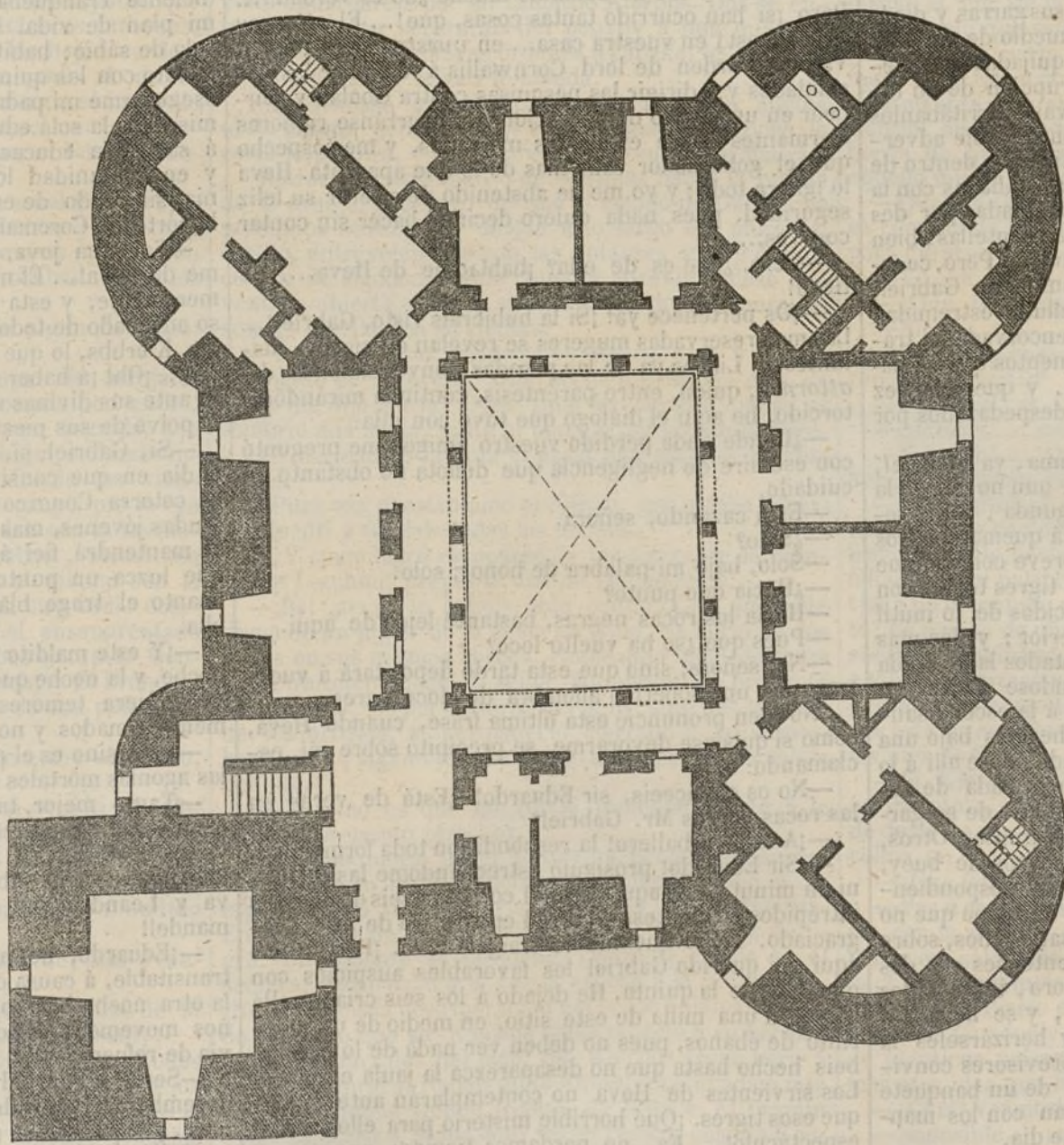
—¡Buena cacería y buen ánimo! Adios, Gabriel.

El galope del caballo fué desvaneciéndose y á la par se sumergió el desierto en un silencio amenazador. Púsose el jóven á considerar la aparente lentitud con que el padre de la luz descendía á sepultarse entre las nubes de púrpura que bordaban el horizonte; pero al fin, como por mas que se haga esperar la noche siempre llega, apagóse el postrer rayo del crepúsculo sobre la cima de las palmas, experimentando Gabriel



Vista del castillo de Villaviciosa.

PLANTA.



con las bayonetas de defensa están entreveradas anchas espigas de agudo hierro. Colocado en el centro, os hallareis fuera del alcance de las garras de mas estension; esto en el caso que existiese la posibilidad (que no existe) de una pata que, por arte del diablo se alargase al través de estos caballos frisonos. He aquí vuestros fusiles cargados para matar rinocerontes; los teneis á mano. A las ocho gozareis de un cuarto de luna, y os

esa especie de sobrecogimiento que asalta el corazón en los momentos solemnes de la vida.

Yacían en la yerba los dos bueyes, mortalmente heridos, resonando sus mugidos en la soledad; y no bien las estrellas anunciaron a los monstruos del Asia que eran dueños del mundo, cuando se dejó oír en los ecos de las lejanas rocas un estridente resoplido, señal de que el olor de sangre fresca llegaba en brazos de la brisa a las narices de las bestias feroces. Abundante era el festín, con lo que los convidados acudían en gran número; nuestro Anfitrión entre tanto como que acariciaba el doble fiador de su escopeta.

Dos tigres negros, caídos al parecer del cielo cual si fuese dos aerolitos, se lanzaron sobre el costado palpitante de un toro, levantando luego sus ensangrentados hocicos al ligero rumor que hizo el cazador mientras apuntaba por entre las rejas. Venían otros en pos, saltando formando a la vez surcos en las tinieblas con sus ojos a modo de tizones; pero se detenían bruscamente como caballos al borde de un precipicio, no bien percibían la jaula de Gabriel. Restribándose entonces sobre sus dos patas traseras, trémulas y encogidas, con el pecho alargado, las orejas tiradas hacia atrás y la cabeza fija, aunque agitada por sacudimientos repetidos, examinaban aquel erizo colosal, inmóvil en medio del desierto, aquel enemigo extraño a su experiencia, a sus tradiciones de familia, hasta a su instinto. Los mas hambrientos dejaban sin resolver el enigma, y se arrojaban sobre los bueyes, disputándose con sus garras una parte de aquella sabrosa carne que sentían morir entre sus dientes, y espresando su delicia con raras convulsiones.

En tales momentos, solo una enérgica excitación de cólera es capaz de devolver al hombre su valor y raciocinio. Gabriel lanzó uno de esos terribles gritos con que solemos despertarnos de un sofocante ensueño, y disparó dos tiros de carabina. Sucedió a la descarga un silencio solemne. Los animales, acurrucados en círculo, permanecieron inmóviles, a modo de las esfinges que decoran la avenida del templo de Karnak, oyéndose meramente el monótono canto del insecto que, al abrigo del cercano matorral, rendía su adoración a la brillante noche, despreciando igualmente al hombre y a las fieras.

El fuego y el estruendo suspendieron por unos instantes el festín y los rabiosos accesos de los tigres. Los dos cadáveres de su familia, tendidos sobre la yerba, no causaron la mínima impresión en los demás; y su respuesta a otros dos tiros fué una general acometida, previa cierta vacilación a modo de consulta. Abalanzáronse a aquel insolente enemigo, que venía con el objeto de disputarles en sus propios dominios tan opulenta presa; pero rechazados por las verjas de hierro, que sacaban ventajas en lo sólidas a sus garras y dientes, caían de rebote hacia atrás, en medio de furiosas ondulaciones, horribles estallidos de quijadas y frenéticos clamores, que semejaban a la erupción de un inmenso órgano henchido de ruidos salvajes. Irritábanlos mas y mas sus heridas contra el incontestable adversario. El joven cazador se figuraba a tiempos dentro de un kiosco tapizado de cabezas de tigres, infladas con la cólera, monstruosas, sangrientas, iluminadas por dos carbunclos, y despidiendo a oleadas las centellas, bien como el hierro hecho ascuas bajo el martillo. Pero, cuando crecían de punto los estremecimientos de Gabriel, era al sentir que barria su cara la velluda estremidad de una cola de tigre, enérgicamente encorvada al través de las rejas; diríase en tales momentos que se había abierto una brecha a la ciudadela, y que a la vez el cazador y los baluartes iban a ser despedazados por aquellos reyes del desierto.

Llegando a esta faz del inaudito drama, ya Gabriel, como el valiente marino que tiembla aun novicio a la primera andanada, y se sonrie a la segunda, tenía recobrada toda su serenidad. Prodigaba a quemarropa los tiros de carabina, sin contarlos, y en breve conoció que el enemigo comenzaba a flaquear. Los tigres temblaron a su turno, cual si estuvieran convencidos de lo inútil de su lucha contra una potencia superior; y los mas inteligentes emprendieron a pasos contados la retirada hacia sus montañas paternales, torciéndose de vez en cuando para lanzar un sordo resoplido a la escena sangrienta del combate. Socorriáanse los heridos bajo una a manera de glorietta de nopales, y tendiéndose allí a lo largo, espelían de su boca una saliva mezclada de rojiza espuma, con la que lavaban, valiéndose de su garra derecha, la lлага viva de sus hocicos y frentes. Otros, sin duda los mas feroces, tragaban pedazos de buey, apagaban su sed con un mar de sangre; y respondiendo con un ronco ruido a cada tiro de carabina que no daba en el blanco, revolvían, aunque satisfechos, sobre su semidevorada presa. Encajaban entonces sus dos garras delanteras en el pescuezo del toro, incrustados sus dientes en los cuernos del animal, y se llevaban, no sin estremecerseles el espinazo y herizárseles la piel, estos residuos del festín, como previsores convidados a quienes sorprende, en medio de un banquete al aire libre, la tempestad, y que cargan con los manjares para las necesidades del siguiente día.

Gabriel pudo al cabo respirar. Solo oía ya a una distancia que le tranquilizaba, los agonizantes ruidos de los irritados monstruos, semejantes a los ecos lejanos y débiles que anuncian el fin de la tormenta, y devuelven su esperanza al labrador. Cargó no obstante de nuevo todas sus armas, azuzado de una idea atroz, engendrada por el primer momento de aquella tregua; la de verse venir encima antes del alba otro ejército de tigres, reclutado en las montañas, y que acudiese a des-

quitarse de la derrota, y a espigar, como si dijésemos, en el osario del festín. Por fortuna, su temor era infundado; de otra manera, Gabriel no hubiera sobrellevado la prueba de un segundo ataque.

A los primeros albores de la mañana se enorgulleció nuestro héroe leyendo en torno de sí el boletín de su victoria. Yacían muertos sobre el césped diez y seis tigres, con ademan aun amenazador, torcidas hacia la jaula las presas y el hocico, cual acontece con los bravos militares que caen con la cara vuelta al enemigo. Numerosos charcos de sangre, a trechos estancados, testimoniaban las profundas heridas que los cubiles deberían abrigar. Los bueyes habían desaparecido, si bien se conservaban sus formas en la tierra; y era fácil al cazador seguir, a lo largo del campo, con la vista el sangriento surco trazado por sus esqueletos. Los barrotes de hierro de la jaula, salpicados de manchas rojas, se mostraban en muchas de sus partes abollados por tantas acometidas.

Gracias a las esquisitas provisiones de mesa que la prudente previsión de Klerbbs había mezclado a las de guerra, le fué dable a Gabriel reparar sus abatidas fuerzas, desayunándose sobre el campo de batalla, mientras que el sol, primer testigo de tal victoria, ceñía su cúpula de hierro con una corona de oro. Algunos milanos de cabeza blanca, que se conocen en la India por el nombre de *Tchankara*, acudieron al teatro de la carnicería, no bien el astro del día se dejó ver en el horizonte, pero sin atreverse a llegar a los cadáveres, contentándose con cernirse sobre ellos. Gabriel despreció semejantes aves, que no le merecieron el honor siquiera de un saludo.

El sol entretanto continuaba su carrera sin que sir Eduardo, tan exacto de suyo, pareciese, con lo que Gabriel se inquietaba sobremanera y no apartaba los ojos un momento del Mediodía. La distancia, en línea recta de aquel desierto a la habitación de Heva, podía andarse a caballo en pocas horas; pero contribuían a doblar el camino los largos rodeos que los accidentes naturales hacían necesarios. De aquí que sir Eduardo no llegase hasta muy entrado el día: con él traía un caballo perfectamente aderezado para Gabriel.

La pantomima de Klerbbs al desmontarse decía mas en honor de nuestro héroe que mil elogios. Llevó las manos a la cabeza; dejólas luego caer, como desfallecidas a virtud de entusiastas convulsiones, entre las de su amigo, y exclamó:

—¡Habeis ganado el paraíso! ¡Os casareis con Heva!

—¡Qué espantosa noche! dijo Gabriel.

—Cierto, sí... pero ¡qué hermoso día se os aguarda! Porque habeis dado cima a los doce trabajos de Hércules, y al extremo del camino encontrareis a la hechicera Onfalo... Me he detenido mucho ¿no es verdad?... Pero ¡si han ocurrido tantas cosas, que!... El *attorney* general está en vuestra casa... en vuestra casa ¿ois?... Viene de orden de lord Cornwallis a estudiar las localidades y a dirigir las pesquisas contra Goulab y Mirpour en un centro de operaciones. Susurráanse rumores alarmantes sobre estos dos malvados, y me sospecho que el gobernador sabe mas de lo que aparenta. Heva lo ignora todo; y yo me he abstenido de alterar su feliz seguridad. pues nada quiero decir ni hacer sin contar con vos....

—Pero, ¿qué es de ella? ¡habladme de Heva... de Heva!

—¡Os pertenece ya! ¡Si la hubiérais visto, Gabriel!... Las mas reservadas mugeres se revelan en ciertos instantes.... Libres ya de las pesadas conversaciones del *attorney*, quien, entre paréntesis, continúa mirándome torcido, he aquí el diálogo que tuve con ella:

—¿Dónde anda perdido vuestro amigo? me preguntó con ese aire de negligencia que denota no obstante un cuidado.

—Está cazando, señora.

—¿Solo?

—Solo, bajo mi palabra de honor; solo.

—¿Hacia que punto?

—Hacia las rocas negras, bastante lejos de aquí.

—Pues que ¿se ha vuelto loco?

—No, señora; sino que esta tarde depositará a vuestros pies una soberbia alfombra de doce tigres....

No bien pronunció esta última frase, cuando Heva, como si quisiese devorarme, se precipitó sobre mí, exclamando:

—No os chanceéis, sir Eduardo! ¿Está de veras en las rocas negras Mr. Gabriel?

—¡A fé de caballero! la respondí con toda formalidad.

—¡Sir Eduardo! prosiguió estrechándome las manos, ni un minuto mas aquí. Llevad con vos a seis de mis mas intrépidos sirvientes, y corred en socorro de ese desgraciado. Exijo que me le traigais vivo. ¡Partid! He aquí, mi querido Gabriel los favorables auspicios con que salí de la quinta. He dejado a los seis criados allá abajo, a una milla de este sitio, en medio de un laberinto de ébanos, pues no deben ver nada de lo que habeis hecho hasta que no desaparezca la jaula en el río. Los sirvientes de Heva no contemplarán ante sí mas que esos tigres. ¡Qué horrible misterio para ellos en tal espectáculo!... Ea, no perdamos tiempo; aneguemos esa ciudadela de hierro, que harto ha cumplido ya con su deber.

Luego que no quedaron ni rastros de la jaula, tiró un pistoletazo para llamar a los criados, en lo cual habían convenido.

—He aquí ahora, prosiguió sir Eduardo, el grito del esclavo al triunfador, esto es, una carta que os traigo con el fin de moderar una alegría que os sería sino funesta.

—Teneis razon, dádme... de un miembro del instituto es... mañana la leeré... A ver meramente la posdata....

«La ciencia ornitológica espera en vos.... No olvideis en vuestras investigaciones el colibri de alas plateadas, designado por Sonnerat bajo el nombre de *Margarita-Volans*.»

¡Diez y seis tigres! exclamó sir Eduardo cruzando sus manos.... «¡Cuánto cuesta una muger!»

Llegado que hubieron los sirvientes, ordenólos Klerbbs que colocasen la monstruosa cacería en el carro que había servido para trasportar la jaula, unciendo a él caballos a modo de bueyes.

Una sedición estuvo a pique de estallar entre ellos, retrocediendo horrorizados ante los cadáveres, algunos de los cuales parecían mirarlos con sus ensangrentados ojos, no cerrados aun por la muerte. Ni pusieran mano y cima a la tarea a no haberles ayudado ambos amigos, con lo que se pasaron dos horas mas.

Los caballos mostraron tambien su parte de repugnancia para semejante maniobra; pero, acostumbrados a ver tigres vivos, no tardaron en habituarse a verlos muertos.

Emprendióse por último la marcha, aunque de sobra pausada, merced a la pesadez del vehiculo y a la cuantía del cargamento. Tal lentitud no podía menos que desesperar a Gabriel.

Los dos amigos cavalgaban uno junto al otro, sin perder de vista el precioso carro.

—Llegaremos muy tarde, decía Gabriel con un espresivo suspiro.

—No me pesa de ello, respondíale sir Eduardo, a causa de ese maldito *attorney*; que me alegraría que se hubiese acostado ya cuando nosotros llegásemos. Si no, tal vez nos considere como aventajados en ferocidad a los tigres y persista mas que nunca en la perversa opinión que tiene formada de nosotros.

—¡Ca! ¡se me da a mí un árdele del *attorney* y de su opinión! ¡Cada minuto perdido es un siglo de felicidad sustraído a mi vida!

—¡Cáspita! ¡y qué noblemente amais, mi querido Gabriel! ¡Cuán dichoso se creeria mi futuro suegro con un yerno de vuestra calaña! Porque mis asuntos están que ponen grima en Tranquebar. Se me ha calumniado diciendo que había tenido un desafío en Bargalon por una muger!... ¡Es cosa del!... La picara calumnia siempre se apoya aunque no sea sino en un átomo de verdad... Pues, como se me presentó aquel lance de marzars con sir Wales por su estatua de pagoda, hánse dado a construir sobre él una fábula con cuyos incidentes mi suegro está que bufa contra mí.... Pero, a Dios gracias, las aguas tornaran a cobrar su nivel y el maldiciente Tranquebar quedará confundido.... He aquí mi plan de vida. Me casaré; haré dimisión de mi título de sabio; habitaré la India inglesa, para lo cual cuento con las quinientas libras de renta que habrá de asegurarme mi padre, a disgusto de su avaricia. Daré a mis hijos la sola educación que equivale a una fortuna, a saber, la educación poliglota; y viviremos a placer y en comunidad los cuatro, vos y yo, Heva y Ermínia, sirviendo de espejo de las virtudes conyugales a la corte de Coromandel.

—Sois una joya, sir Eduardo.... ¡Habladme, habladme de Heva!... El nombre de esa muger, cuatro letras meramente, y esta soledad se convierte en un paraíso adornado de todos los encantos del Asia!... Repetidme, Klerbbs, lo que os ha dicho, sus últimas palabras, sus... ¡Oh! ¡a haber yo presenciado sus angustias, cayera ante sus divinas rodillas y espirara de gozo besando el polvo de sus pies!

—Si, Gabriel, si, esa muger os ama; os ama desde el día en que consintió en jugar al ajedrez contra vos su cotorra. Conozco a las mugeres, y en particular a las viudas jóvenes, mas mugeres aun que las otras. Heva se mantendrá fiel a la memoria de su esposo mientras que luzca un punto negro en sus vestidos; pero, en cuanto el traje blanco la engalane os casareis con ella.

—Y este maldito carro que no adelante pizca! ¡Y la noche, y la noche que se nos viene encima!

—Afuera temores, Gabriel. Estamos competentemente armados y no son *peones* nuestros sirvientes.

—¡Ca! ¡sino es el peligro lo que me atormenta!... Son las agonías mortales con que luchará Heva....

—Tanto mejor, tanto mejor, Gabriel! Figuraos así mismo que trasportes de júbilo, que frenesi saludarán vuestro retorno! ¡Y las dulces y candidas manos que alisaran vuestros cabellos ensangrentados!... ¡Oh! Heva y Leandro van a resucitar esta tarde en Coromandel!

—¡Eduardo, no nos movemos! El camino está intransitable, a causa de los barrancos que el huracán de la otra noche ha ahondado en derredor. Creedme, no nos movemos! Añadamos al tiro nuestros caballos por vía de refuerzo.

—Sería perder el tiempo, amigo mio. Pronto nos desembarazaremos del desierto, para entrar en la llanura. ¡Al paraíso se sube por un camino de zarzas!

Callóse Gabriel y permaneció algun tiempo silencioso y hundido en el pensamiento que encerraban las postreras palabras de su amigo.

Era la hora en que la sociedad de la casa de Heva se retiraba a los aposentos superiores, acortándose las veladas, por gustar los indios que vivían en el campo de levantarse con la aurora para disfrutar de la odorífera frescura y graciosa serenidad que el amanecer derrama sobre la tierra.

Notaron ambos amigos ciertos movimientos de in-

quietud entre los criados, quienes reciprocamente se designaban el punto del horizonte de donde arrancaba la montaña á cuyo pie estaba la habitacion de Heva.

Envolviase hasta entonces aquel horizonte en nocturnas tinieblas; como que su profunda oscuridad, ressaltando en medio de las transparentes y estrelladas tintas de lo demas del cuadro, servia de señal y dirigia la marcha de la pequeña caravana.

De improviso aquella gran masa de sombra, que la montaña y el bosque concurrían á formar, despidió vivísimos destellos, cual si abrasada se sintiese por el fuego de las estrellas.

—¡Qué horrible espectáculo! exclamó Gabriel con voz temblorosa.

—Es alguna fogata encendida por los pastores; nada entre dos platos.

Como que la voz del inglés perdía también su aplomo al espresarse así.

—Pero la fogata crece extraordinariamente, repuso Gabriel.

—Tal vez sea una atención de Heva, dijo sir Eduardo: algún faro que ha colocado allí para alumbrarnos durante la noche.

—¡Un faro!... ¡Cá! ¡Si es un bosque entero que se está quemando!

—No os alarméis tan pronto, Gabriel... Acordaos de la inmensa hoguera, que al decir de Heva, iluminó la noche de su matrimonio. Es natural se imagine que no habéis olvidado su relación, y os envía una alegoría nupcial al través de las tinieblas para escitaros al retorno.

—¡Oh! no, no admito esa explicación; es demasiado violenta... Abandonemos el carro, amigo mío, y lancémonos á rienda suelta hacia el incendio.

La única respuesta de sir Eduardo fué imitar á Gabriel, quien arrastrado por el vuelo de su cabaldura, estaba ya á larga distancia del moroso vehículo.

XI.

CONCLUSION.

Diríase una carrera de caballos empeñada entre Klerbbs y Gabriel. Pasaban como seres sobrenaturales al través de las masas de arbustos, y por encima de los barrancos y zarzales, tendidos sobre las crines de sus corceles.

A cada momento se les ofrecía mas horrible el cuadro hacia el cual se precipitaban. El incendio caía desde la montaña á la llanura, como una inmensa catarata de llamas. Velaban el cielo resplandecientes torbellinos de humo; los estallidos de los árboles desarraigados que se desmoronaban convertidos en gigantescos carbones, mezclándose al furioso centelleo de las hojas verdes, formaban un espantoso estuendo, semejante al de los huracanes de los trópicos; y el lago, donde el incendio se espejaba, parecía al planeta de aquel nuevo y horrible sol que en fundición descendía por el Eden de Comandé.

Llegados ambos amigos á cien pasos del *Chattiram*, echaron pie á tierra en la calle de árboles, y corrieron á la azotea, en donde formidables clamores, junto con los ladridos de un desolado perro, invocaban todos los socorros humanos.

—¡Este fuego sale de la cabeza de algún demonio! exclamó sir Eduardo.

Un grito desgarrador, cual es capaz de arrojarlo una muger en medio de una ciudad tomada por asalto, resonó en las entrañas de Gabriel; y en seguida, á la luz del incendio que aproximaba los objetos alumbrándolos mejor que el sol, vió pasar, en alas de los vientos, y bajo una cúpula de árboles, un grupo que le era harto conocido; á saber, el indio Goulab con la hermosa Heva cuyos cabellos negros ondeaban, arrastrada entre sus brazos cual pudiera hacerlo el milano con la tímida paloma. En el instante mismo otro indio colosal, ágil como el tigre, y sacudiendo el ensangrentado vendaje que ceñía su frente, cayó sobre el raptor Goulab, anteponiéndose á Gabriel y su amigo. El bronceado gigante tendió á sus pies á Goulab de una puñalada, gritándole:

—¡Trescientas noches hace que te estoy espiando, infame!

Heva pareció lanzar su alma en un alarido de alegría, y el indio vencedor se la llevó consigo, convulsiva de terror y asombro. Ella alzaba al cielo sus hermosísimos brazos, y revelaba en sus divinos ojos una expresión que ninguna crisis humana había infundido nunca en la mirada de la muger.

Un minuto bastó para la realización de esta aventura.

Aquel indio, salido al parecer de las entrañas de la tierra, era el marido de Heva, el nabab Munusamy.

Figuraos todas las contracciones de sorpresa, todos los matices de terror que puedan haber pasado por los semblantes de Saul ante la Pitonisa, y de Bruto ante la fantasma de los campos Filipicos, y apenas tendreis una idea del trastorno que experimentó el rostro de Gabriel en cuanto reconoció al indio resucitado..... Tal debió ser la consternación del primer hombre que encuentre al Ante-Cristo en el camino de Josafat!...

Klerbbs solo pensó en su amigo, cuidadoso únicamente de llevarse en brazos y arrastrarle moribundo del sitio, testigo de tan terrible escena.

Heva y su esposo habían desaparecido.

Como el cortijo de la quinta estaba en un descampado, fuera de los alcances de las llamas, allí fué donde condujo Klerbbs á su vacilante amigo, como el soldado

que conduce á su herido camarada á la enfermería. Gabriel caminaba por decirlo así, con los pies de sir Eduardo. Sus ojos fijos y desmesuradamente abiertos daban indicios de un súbito trastorno mental, como que Klerbbs no se atrevía á dirigirle la palabra por miedo de recibir una de esas espantosas respuestas, oriundas meramente del mecanismo de la lengua y de los labios y extrañas á la concepción del cerebro.

Uno de los pisos del cortijo tenía sus ventanas abiertas y alumbradas, y hasta se oía gran ruido de voces en los aposentos altos, con lo que comprendió Klerbbs que toda la sociedad de la quinta se había refugiado á aquel asilo. No osó tocar á la puerta pidiendo acogida, por no saber como explicar el horrible estado de Gabriel; ademas de que era de suponer que el indio y Heva estaría también allí.

No le quedó otro recurso que el de llevar á su amigo á una pequeña granja llena de hojas secas de bambús y paja de arroz, donde reinaba la mas profunda oscuridad, no obstante el resplandor que difundía el incendio. Tendióse el pobre paciente, sin desplegar los labios, sobre el plumon vegetal de los salvajes indios, y Klerbbs se sentó á su lado, afligido por no poderle tributar el mínimo socorro, puesto que al mas ligero rumor era fácil descendiese del cortijo algún fantasma infernal ó divino que le asesinasen, queriendo favorecerle.

Sin embargo, como las fuerzas físicas del desventurado jóven estaban agotadas con las rudas faenas de la última noche, á que había seguido un día todavía mas abrumante para él, el influjo beneficioso del sueño puso término á la nerviosa crisis. Lleva la naturaleza á tiempo su bondad hasta constituirse en médico, curando por medio de misteriosos procedimientos, cuyo secreto se reserva para sí, guiada del amor propio instintivo en los autores. Klerbbs prestaba alegre oído á la respiración de nuestro héroe, dulcificada tras una hora de agitado sueño, y por lo tanto despojada ya de síntomas alarmantes. Menos inquieto ahora sobre la suerte de su amigo, levantóse sir Eduardo y salió de la granja con el fin de aprovecharse de las menores señales por donde pudiese venir en conocimiento de las aventuras de aquel día.

Oyó de pronto un ruido de caballos y de ruedas hacia la parte del lago. Era el carro que llegaba por último, despues de tropezar con innumerables contrariedades en su marcha. No quiso Klerbbs dejar que se acercase mas aquel trofeo de un inútil sacrificio; y corriendo hacia los sirvientes les dijo con la seguridad de un embajador que se espresa en nombre de su soberano.

—La señora ordena que continúeis vuestro camino en derecha á Madrás. Os detendréis en *Ast et India inn*, y allí aguardaréis por sir Eduardo Klerbbs. Dos de entre vosotros se separarán del convoy á una milla de aquí y esperarán nuevas órdenes á caballo. Id y llegad antes del día: la señora lo manda.

Preparábase uno de los criados á oponer alguna observación; pero Klerbbs con un jesto imperioso le cortó la palabra, y el convoy tomó la vuelta de Madrás.

Retrocedió sir Eduardo de puntillas hacia la puerta de la granja; y seguro de que el estado de Gabriel no presentaba novedad se dirigió á lo largo del muro del cortijo, entrevelándose con las flotantes masas de una cortina de algodones de china, y aproximándose á la ventana abierta de una sala baja, en donde apuraban sendas botellas los sirvientes.

—Yo, decía uno, sospechaba alguna cosa y no me ha cogido de sorpresa. Una noche del último mes de mayo me dijo Maria: Oyes ¿qué es aquello que se ve sombrío allá abajo, junto al mangle del lavadero? Miré, y á la claridad de la luna vi pasar una especie de fantasma.

—Pues era nuestro amo el Nabab, que estaba aguardando allí á Goulab todas las noches.

—¿Y cómo logró escaparse de los tigres de la cacería de Lutchmi? preguntó una de las mugeres.

—¡Bah! ¿no se lo habéis oído contar? Con una treta digna de un jugador de la fiesta de *Agni*. Se burló de los tigres en sus mismas barbas, empleando igual destreza que otras cien veces. El señor Munusamy se precipitó en el Guzul, no por la parte del agua, sino por la parte de los árboles; y permaneció aferrado á las ramas, hasta el día siguiente que subió despues de la salida del sol.

—¿Y cómo es que no volvió inmediatamente á la quinta? preguntó otra voz.

—Porque quería hacer lo que ha hecho esta noche; Vengarse á lo indio. Mucho quiere nuestro amo á su esposa, pero tiene todavía mas amor á la venganza. En la sangre de estos hombres hay siempre algo de tigre. Unicamente su hermano Talaiperi estaba en el secreto, y guardaba á la vez la esposa y la habitacion. ¿No notásteis la desesperación del señor Talaiperi cuando se figuró que sir Klerbbs había muerto á su hermano en los zarzales del lago? Sir Klerbbs creyó herir á un tigre é hirió al Nabab en la frente; afortunadamente que estos indios tienen frentes de bronce. El bramin Syaly ocultaba á Munusamy en su casa; y cuando Goulab, ayudado de sus *peones*, prendió fuego á los cuatro extremos del bosque, para obligar á huir á la señora, la claridad del incendio llegó hasta el Nabab. En el momento nuestro astuto amo reconoció las garras de Goulab, y enfermo y todo atravesó el valle con la rapidez del viento, cayendo sobre Goulab como el rayo que se desprende de las alturas. Preciso es que el *attorney* sea muy cabezudo. ¿Pues no se ha empeñado en sostener al nabab que no es Munusamy? No ha querido reconocerle, ni aun saludarle; y al subirle la cena, me dijo:

—Escucha, Juan, escucha ¿cómo llamas tú á ese indio herido en la frente, que dió muerte á Goulab?

—Munusamy, le respondí.

—¿Estás seguro? repuso con aire sombrío.

—¿Cómo si estoy seguro? Pues si hace diez años que le sirvo.

—¡Bien! me dijo con tono árpero.

Oyó entonces Klerbbs el ruido de una puerta que se abría y de dos saltos se trasladó á la granja. Bastábale con lo que había oído. El corazón se le oprimía sabiendo que era él quien había herido á Munusamy en aquella horrible noche; cuando una misteriosa revelación arrancó á Heva tan desesperado grito al notar las manchas de sangre que había traído del lago juntamente con Gabriel.

Para ambos estaba vedado el habitar ya en aquella casa. Preciso era partir en el momento, sin mirar hacia atrás por temor de ver, el uno al amigo á quien había herido en la cabeza, el otro á la muger que traspasara su corazón. Así las cosas, Klerbbs resolvió antes de todo asegurarse del estado normal de Gabriel cuando despertase, apelando enérgicamente al valor de su amigo para escitar en él una determinación fuerte y saludable.

No bien se movió Gabriel, llamóle sir Eduardo con una voz firme, cual acostumbraba hacerlo comunmente, y le dijo.

—Querido amigo, los caballos nos están aguardando, y tenemos que llegar á Madrás antes del día.

Levantóse bruscamente y á medias Gabriel, y presentó su mano á Klerbbs, el que se la estrechó como se usa con un amigo á quien se participa la muerte de una persona querida.

—Cuando uno se encuentra á dos mil leguas de su patria, prosiguió Klerbbs, está obligado á portarse siempre y en todas ocasiones como un hombre.

—Os dejaré satisfecho, Eduardo, dijo Gabriel levantándose enteramente. Siento débil la cabeza; pero el aire de la noche me curará. Me ha caído una roca sobre la frente; y puesto que no he muerto del golpe, viviré.

—¡Bravo! En esta clase de males el primer remedio es la partida inmediata.

—¡Partamos! respondió Gabriel.

En breve llegaron nuestros amigos á la gran calle de árboles, hallando á corta distancia del último de estos los dos sirvientes. Mandóles Klerbbs retroceder á pie al cortijo; y tomando sus caballos, galopó con Gabriel hacia Madrás.

Templado el ardor de la primera carrera, contó Klerbbs á su compañero, previos algunos lentivos, palabra por palabra, la conversacion que había escuchado al pie de la ventana de la sala baja de los sirvientes, sin que semejante relación provocase reflexión ninguna por parte de Gabriel, lo que alarmó en cierto modo á sir Eduardo.

Entraron con el alba en Madrás; y Klerbbs dejó á Gabriel en la fonda á fin de obtener dos pasajes á bordo de un bergantín que zarpaba para Pondichery aquella misma mañana.

—Querido Gabriel, dijo ya de vuelta, el mal de amor es como el de pecho, necesita de una mudanza de aire para curarse.

—Yo me quedo, Klerbbs.

—¿Qué, te quedas en Madrás?

—Sí.

—¿Y qué piensas hacerte aquí, solo, puesto que yo tengo que partir?

—¡Volveré, si... volveré á ver á esa muger!

—¡Gabriel... me habías prometido ser hombre!

—Y lo seré.... Quiero verla una vez, una sola vez aun, y matarme en seguida á sus plantas.

—¡Insensato! ¿Y crees que yo te lo permitiría? ¡Vaya un modo de comprender la amistad que tienen estos franceses! He hecho por tí cuanto se te ha antojado, faltando á mi palabra é indisponiéndome con mi promesa; he inventado una jaula de hierro por complacerle; he puesto de uñas contra mí, ó poco menos, á mi suegro; imaginándote en peligro te he traído de Tranquebar mis armas y mi brazo, y hoy que te suplico vengas á firmar como testigo mi contrato de boda, me niegas este primer favor so pretexto que quieres matarte á los pies de Heva!

—Sí, Klerbbs, dijo Gabriel conmovido; soy de veras un ingrato!... Pero ¿qué remedio?... Lo que es no puede dejar de ser... ¿No conoces que tu felicidad misma colma mi desesperación?

—¿Qué felicidad?

—Vas á casarte, Eduardo, con una muger encantadora, con la perla de Comandé, mientras que yo permaneceré solo toda mi vida! ¿Qué me haré en Tranquebar? ¡Te contemplaré dichoso junto á una esposa adorada, y este diario espectáculo me recordará á los esposos de Tinnevely, bajo los mismos cielos, en medio de idénticos paisajes, sobre el propio mar! Hay además otra idea que me hace estremecer...

—¿Cuál? Veámosla.

—Imposible.... ¡no!

—Habla, habla... ¿Temes enamorarte de mi muger?...

—Sí, lo he adivinado. ¡Diablo de hombre!...

—Eduardo... me es forzoso volver á Francia solo, sin tí... y no puedo soportar tal aislamiento... ¡Prefiero morir aquí!

—Escúchame, Gabriel.... No estoy yo muy asido que digamos á la idea de casarme. ¡Plácete desterrar un amor con otro amor? Lord Cornwallis te dará una carta de recomendación para el cónsul inglés de Tranquebar; yo desapareceré del mundo indiano; tú te instalarás en casa de sir Douglas; llegarás á ser el ídolo de la

familia, amarás á miss Erminia y te casarás con ella.

—¡Te chancas atrocemente, Eduardo!

—¿Cómo! ¿no me conoces ya de sobra para ver que hablo de veras? No me cuento yo entre los que se figuran que no hay sino una muger en el mundo. Profeso á Erminia ese amor universal que me es dable consagrar á todas las mugeres bonitas, y si aceptas mi propuesta, me embarco en el *Star* y parto esta tarde para Sarethampton.—Nos veremos luego en París, y me presentarás á Mad. Gabriel, alegre á la sazón por no haberse unido á mí.... ¿Te ries? Siempre es algo reír. Escúchame con atención.—Sabes que todos mis chistes han traído en pos actos serios, pues to me gusta imitar á esos que toman un tono formal tratándose de tonterías: tal es mi natural, ligero en lo exterior, grave en el fondo. Dos tios míos han muerto de *spleen* por seguir el sendero contrario; y te juro que he formado propósito de no seguir su ejemplo.

—Eduardo, dijo Gabriel enternecido, queria morir por ella; pero tú mereces que viva para ti. Iré á firmar tu contrato nupcial. Vamos á Tranquebar.

—¡Bravo! por fin has recobrado tu dignidad de hombre y de francés. Créeme, amigo mio, si los que han bajado al sepulcro por mugeres hubiesen vuelto al mundo tres meses despues, libre está que se mataren de nuevo. Condúctete como un resucitado.

—¡Ah! ¡Eduardo, Eduardo! el golpe ha sido muy terrible, mucho!

—Convenido. Adorar á una muger, sacrificarle doce tigres, ir á casarse con ella, y de repente venir la horrible y gigantesca sombra de un marido á...

—¡Eduardo! ¡Eduardo!

—Tienes razon; silencio sobre esto. Es un hecho consumado... Pero, si vamos á tener distracciones á millares... Lo verás... Bailaremos en mis nupcias, y nuestro festín se prolongará por quince dias, puesto que consideraremos la materia de divertirnos con toda gravedad. Ciertamente es feo el bello sexo en Tranquebar; por culpa de los dinamarquese; pero no faltará alguna linda criolla que sirva de escepcion á la regla; te apoderarás de ella y seremos la envidia del pueblo... Esto marcha á las mil maravillas... ¡Adios, Madrás, adios!... Vé á descansar, amigo mio... A mi cargo queda el poner cima á nuestros diminutos negocios... Por ejemplo: escribiré unas cuantas líneas diplomáticas á Munusamy que den un viso de buen parecer á nuestra precipitada marcha... Haré una visita á lord Cornwallis... y le suplicaré que remita á París, con direccion á Mr. de Lacépède y en tu nombre, las diez y seis pieles de tigre... ¡Qué diablitos! ¿Por qué perder ese tesoro? En cuanto á bagages, nuestro estado es el de Bías; las llamas de Goulab nos los redujeron á cenizas. Cuidaré de lo mas indispensable, sin que tengas tú que mezclarte en nada. Duerme; distráete. Pronto baila-

remos sobre la punta de las olas, en medio del golfo de Bengala, de esa mar que sirve de continuacion al Ganges. ¡Entonces te convencerás de lo pequeña que es una pasion, mirada desde la cúspide del Océano indiano! Como que se avergüenza uno, y se disculpa, y se entrega á los amorosos abrazos de esa poderosa naturaleza, hija de Dios, que nos mece en un lecho de perlas y corales. ¡Hé ahí una esposa digna de tí! Dentro de una hora descansarás en su seno. No te pide una alfombra de tigres para su alcoba nupcial; y te inundará de divinos deleites, y hará rodar azuladas aguas á tus pies, olas de estrellas sobre tu cabeza y perfumadas brisas por tus cabellos. ¡Ea, amigo, recóbrate! Vuelvo al instante; adios... ¡Vengan esas manos!

La espresion ardiente de la amistad restituyó á la vida á Gabriel: le resucitó.

Cuando un plan, obra de la desesperacion, se cumple, es porque ha faltado un amigo.—Soprendióse Gabriel al encontrar en el fondo de su alma suficiente valor para alejarse y vivir; de modo que Klerbbs á su retorno, le halló pronto para el sacrificio. Temblaba la vela en los mástiles, pequeñas olas azules, salpicadas de destellos solares, á manera de lentejuelas, se sucedían armoniosas, cual otras tantas cascadas de perlas; los pabellones reían en el aire; los marieros cantaban sobre las vergas; las aves acuáticas y las chalupas aladas lamian á una la superficie del undoso elemento. Desprendiase el gozo de los cielos en resplandeciente rocío, y el sol parecia bañarse en el golfo como el rey de la India al salir de su lecho.

—Amigo mio, dijo Klerbbs mostrando la escala del bergantin, aquellos que han muerto heridos por una pasion, tenían sin duda lodo en el umbral de su casa y niebla sobre su techo.

El encanto de la travesía sumió en la contemplacion á ambos amigos, no permitiéndoles dirigirse sino frases de escaso interés.

Pronto estuvieron en Pondichery.—Entre esta ciudad y el lago de Heva habia ya un mundo entero.

Gabriel principiaba á convalecer.

Fué sir Eduardo, en compañía suya á visitar al cónsul inglés; pero se le respondió en el *Office*, que este funcionario habia partido para Tranquebar, invitado por su colega, sir Douglas, quien celebraba á la sazón el matrimonio de su hija.

—No tenemos tiempo que perder, dijo Klerbbs á Gabriel. Los convidados nos llevan la delantera. Lo bueno es que la ceremonia no puede hacerse sin mí.

Y dirigiéndose al escribiente, le preguntó si se habia designado ya el dia de la boda.

—Se ha efectuado ayer, respondió aquel.

—¡Ay! exclamó Eduardo; se ha celebrado entonces sin el esposo.

—Cabalmente fué el cónsul quien acompañó á sir Wales á casa de su suegro.

—¿Qué diablos de sir Wales es ese? preguntó Eduardo.

—El yerno de sir Douglas, del padre de miss Erminia.

—¡Ah! ¡Ah!... pues no deja de ser nuevo el lance. ¡Con que sir Wales.... mi herido de Bangalora!... Pero se de firme, por lo que veo, y se vengó de la pérdida de su estatua, privándose de mi esposa. Mas me da moda mi lote que el suyo.

Saludó y salió en compañía de Gabriel.

—Querido, le dijo al bajar la escalera, el suegro ha ensañado conmigo, lo que no me ha cogido de salto, ciertamente. Ahora te toca á tí consolarme. ¡Tamos iguales en infortunios de amor!... Me alegro aunque no sea mas que para darte el ejemplo de una resignacion heroica.

—¡Ah! tu no amabas á esa muger! dijo Gabriel con una voz en que se traslucía aun lo acerbado de la laga.

—¡Vamos! repuso Klerbbs con el tono de mente irritado, he ahí un suspiro que no me place. Cuida con la recaída. ¿Entiendes?... Voy á suministrarte postre remedio, cuyo efecto será infalible y del que participaré.

—¿Qué remedio? preguntó con timidez.

—Está fijado con gruesas letras ahí en el extremo de la calle *Suffren*. Lee... «A la carga para el *Havre*, hermosa corbeta *Alcides*...» Y parte cabalmente esta tarde! ¡Oh que felicidad!... ¡Esta tarde viajaremos por el gran camino de París!

—¡Vamos á pagar nuestro flete! dijo Gabriel con acento firme.

—¡Bravo! exclamó Eduardo, ¡hemos pasado el Rubicon!

Cinco meses despues de la partida del *Alcides* leia lo siguiente en la crónica del *Diario de los Sabios*.

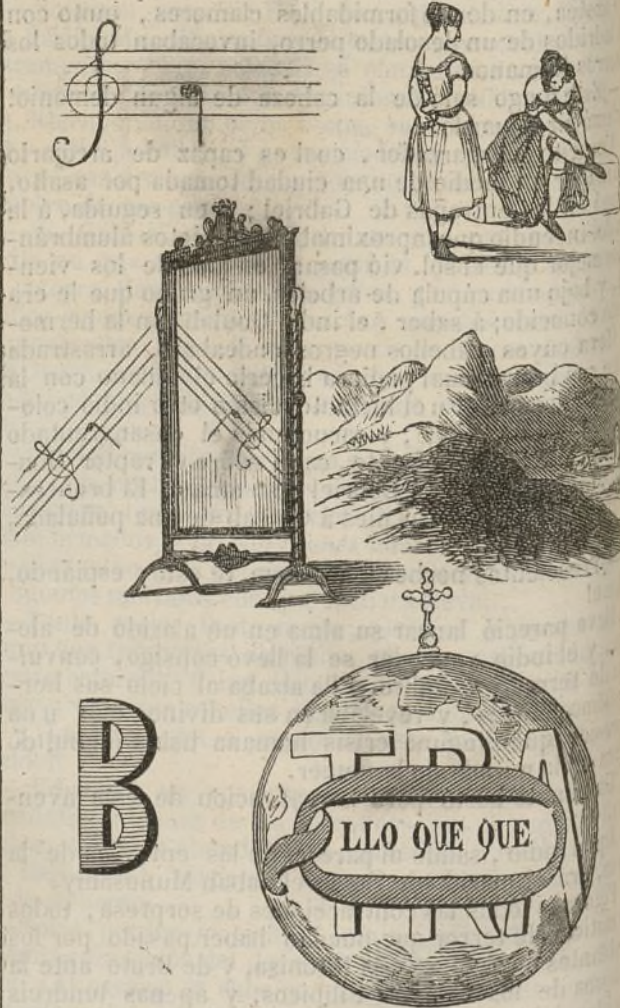
«El joven y atrevido viajero Gabriel de Nancy acaba de llegar de la India, despues de haber examinado la Peninsula del Ganges en lo interior y costado Malabar y Coromandel. La ciencia ornitológica le debe algunos descubrimientos preciosos. El informe que presentó al Instituto prueba hasta la evidencia que el *turraeus albus* pertenece al Africa Meridional, y que la India no posee un solo individuo de esta clase. Infatigable viajero ha traído diez y seis tigres de Bengala muertos y muy bien conservados, gracias á los procedimientos ingeniosos de la Sociedad de Taxidermia establecida en Madrás. El ministro, en recompensa del celo de Mr. Gabriel de Nancy, le va á confiar una nueva mision; y nuestro intrépido viajero irá en breve á visitar, provisto de excelentes instrucciones, el Mandiá del Africa, desde el Cabo de Buena Esperanza hasta Zanguebar. Ningunas manos son mejores que las suyas para fiarles los intereses de la ciencia ornitológica.»

TEATRO DE LA OPERA.—LUCRECIA.



Bruto, Bocage.—Lucrecia, Madama Dorval.

LOGOCRIFO.



LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa, núm. 1.